
3 1761 09373078 6





POESÍA DEL MAR

CARLOS FERNÁNDEZ SHAW

Poesía del Mar



MADRID
LIBRERÍA DE LOS SUCESORES DE HERNANDO
Calle del Arenal, núm. 11.
1910

Tip. de la Revista de Archivos.—Infantas, 42. Madrid.

A MI HIJO GUILLERMO

QUE ES PARA MÍ COMO UN PADRE

Son estos cantos cual ondas varias
del mar inquieto;
bien diferentes en la apariencia,
pero en el fondo con vida igual.
Reunidos todos forman un libro,
como las aguas, ondas tras ondas,
forman un mar...

SALUTACION

Solo, triste, ceñudo,
me ves,—oh, mar,—sobre la costa brava.
Te contemplo, te admiro y te saludo.
Desde la costa que al marino aterra,
donde principia el mar y donde acaba
la vida miserable de la tierra.

—

Nuevamente requiero
tu benigno favor. De ti lo espero.
Con vivo afán lo imploro.
Con la esperanza en ti, porque te quiero;
¡con desvelado amor, porque te adoro!
Tú arrullaste mi cuna.
Muy pronto, de tu lado,
me apartó mi fortuna
con gran rigor; el Hado,
conmigo, por mi mal, tan despiadado.

Pero á tus playas, con feliz frecuencia,
y á tus olas volví, por varios mares;
al correr de mi rápida existencia,
que anublan y acongojan los pesares.

—

Hoy, ya lo ves, en estas españolas
tierras amigas, que tu espuma baña,
vuelvo á buscar el canto de tus olas;
en mis tierras de España,
y al abrigo también de la montaña.
De nuevo nos miramos, frente á frente;
si humilde yo, doliente,
grande tú, prepotente.
Pase á mí tu poder. En mí, que lloro,
su noble influjo, bienhechor, ejerza.
Los bienes busco de tu gran tesoro:
salud, contento, decisión y fuerza.

—

Sobre ti luce el Día.
Luce el Sol, que te besa y te corona;
un sol, de ardientes rayos, que pregona
con ellos su alegría.

Sol de vivos destellos, al que arrancas
sus destellos mejores,
porque irisen con trémulos colores
tus densas ondas, tus espumas blancas.
Sol que en los cielos tan gozoso gira,
para ti, para mí; sol que te admira,
pues en tan bella plenitud te mira;
plenitud de vigor, en gozo tanto;
de un vigor que es poder, y amor, y empuje;
gozo, salud y encanto;
bien si tu voz, cuando combates, ruje;
bien si tus aguas, á tu voz sumisas,
requieren los halagos de las brisas...

—

En estas gratas horas,
cuál muestras tu hermosura,
cuál repartes mercedes bienhechoras;
cuál dices tu ventura,
con acentos felices...
Al Sol, al Sol la dices,
que te puede entender. Al Sol, gozoso;
como tú poderoso.
¡Cuán felices los dos, con vuestras suertes!
El te rinde su amor. Tú lo conquistas,
y con tu amor lo encantas y diviertes.

El Sol y tú, por grandes y por fuertes,
sois grandes optimistas.

—

Por eso os busco ya, por eso os amo.
Por eso, con afanes infinitos,
por que me apresten salvación, reclamo
vuestros favores, puros y benditos;
vuestros magnos favores,
que templen los rigores
de mis largos, larguísimos dolores.

—

Tal en los mundos todos,—que el palacio
del misterioso espacio
pueblan y alumbran, con vivir diverso,
bajo Dios, que se impone al Universo;—
tal, en los orbes todos, se concibe,
—¡cual la vuestra!—la Vida;
vida fuerte, cabal; la que se vive
con salud, con amor; no la vivida,
por leyes de la humana decadencia,
bajo el azote del dolor violento;
la que sueña, quizás, con el momento
que mate su dolor con su existencia.

—

Tal la vida me encanta.
La vida generosa, complaciente,
que difunde su fuerza,—¡cuánta y cuánta!;—
la del Sol, que á tu encuentro se adelanta
desde el lejano término de Oriente;
la tuya, ¡oh, mar!

—

Mi Dios, en quien confío:
deja que, al cabo, goce
de sanas fuerzas; sin que el pecho mío
fatigado solloce...
Muera, si no; sin que mis crudos males
más me angustien, perversos, infernales;
sin que conozca la fatal angustia
de la estéril vejez, cansada y mustia;
sin que el duro tormento
de ver mi senectud en mí se ensañe.
Logre morir en horas de contento,
de cara al Sol, besado por el viento,
donde me mire el Sol, y en luz me bañe;
con un bastante aliento
que me anime y alegre todavía,
para que á Dios convierta el pensamiento,
claro, feliz, en tan solemne día;
tal como el roble fuerte
se resigna á la muerte:

bajo la luz del sol, en tibio Mayo,
y herido, de repente, por el rayo.

—

Mas, ¿quién piensa en morir frente á tus olas,
¡oh magnífico mar!; olas sumisas
que mezclan á los sones de sus risas
el grato són de alegres *barcarolas?*
¿Quién habla de morir, á los destellos,
tan radiantes y bellos,
de tan alegre Sol? Todo convida
más bien, con gozos tales,
á decir y á cantar los perennales,
infinitos encantos de la Vida.

—

¡Vuelve, salud, á mí! Mar que me escuchas:
pase á mí tu salud, por que me aliente,
con gran vigor, en mis constantes luchas;
tu vigor pase á mí, con tu optimismo;
con que, alzando la frente,
nada vuelva á temer... ¡Ya me sustente
de esperanzas y amores! ¡Yo! ¡Yo mismo!
Pase á mí tu alegría,
bajo la luz espléndida del día.

Concluyan mis pesares,
mis ansias, mis desvelos;
se templen mis anhelos,
con que torne á mis lares
ganoso de vivir... Digan mis cantos,
no congojas, no penas;
celebren los encantos
de las dichas serenas;
de las dichas soñadas,
al amor del hogar, y al de sus Hadas;
bienes por que suspiro,
¡dichas por que deliro!...
Pregonen la hermosura,
la virtud, la nobleza,
del Bien y del Amor; la insigne y pura
bondad con que perdura
la infinita Belleza.
No de sombras me ampare.
Busque la luz que el cielo me depare.
La luz que es bien contra el pesar, ¡consuelo!
¡La luz de Dios, que llega desde el Cielo!

—

No la vana elegía
me vuelva á seducir. Suene mi cántico,
bajo el cielo y el sol de Andalucía,
como un himno de amor á la Alegría.

Junto al mar, á la orilla del Atlántico,
me abandone por fin, torne á la nada,
la Musa despiadada
del triste y pobre trovador romántico...

—

¡ Salud, oh mar ! ¡ Que tu salud me anime !
La salud que conforta y que redime.
¡ Para el cuerpo, salud, y las ideas !
Con que vivir para el amor consiga.
¡ Dios santo, Dios piadoso, Tú lo veas,
mientras yo te bendiga !

CIELO Y MAR

¡La alta mar! ¡Qué distantes, cuán distantes, las costas!
¡La alta mar! ¡El Atlántico, frente á frente del cielo!
¡La alta noche! La noche, con un cielo tranquilo,
que, sin luna, destaca, mucho más, sus luceros...

—

¡Oh, cuán bellas, cuán libres, tales aguas, á solas!
¡Oh, cuán fuerte, cuán libre, tanta mar, á sus anchas;
reflejando las luces de las blancas estrellas,
en las plácidas ondas de sus límpidas aguas!...

—

¡Oh, los cielos, cuán limpios, en que tiemblan los mundos,
á millones luciendo, y á millones girando;
con temblores de múltiples, misteriosos afanes;
nunca, nunca gozosos; nunca, nunca saciados!

—

¡Oh, la imagen del cielo, por el mar, en sus ondas;
en las ondas, las blancas, las radiantes estrellas;
como flores de pétalos rutilantes y leves,
como flores de luces que en las aguas nacieran!

—

Blanda sopla la brisa, con amable ternura.
Sólo un buque recorre tanta mar, á lo lejos...
No se mueven, apenas, las densísimas ondas.
Sobre el mar, y en los aires, se eterniza el silencio.

—

¡Cuántas ondas, á miles, á millones!... ¡Cuán puras!
¡Qué de estrellas, á miles, á millones!... ¡Cuán blancas!
¡Ah, qué paz en las ondas! ¡Ah, qué paz en los aires!
¡Ah, qué paz en los orbes! ¡Cuán solemne! ¡Cuán larga!

—

Frente á frente se miran, á través del espacio,
las bellísimas ondas, los hermosos luceros;
mientras copian las aguas, en su límpido fondo,
los rosarios de luces de los mágicos cielos.

—

¿Qué preguntan los mares, á los cielos, tan altos?
¿Qué preguntan sus ondas, en la noche callada?
No responden los cielos. No responden los mundos.
No transmiten respuestas á las tímidas auras.

—

¡Oh, silencio infinito de los aires, tan leves!
¡Oh, infinita belleza de los cielos purísimos!
¡Oh, perennes preguntas de la Mar á los Cielos!
¡Oh, perenne grandeza del Misterio infinito!...

—

¡Y oh, poder, el que todo lo descubre y lo sabe:
cuanto ignoran los mundos, cuanto inquieren los hombres!
¡El de Dios, infinito, que gobierna los mundos,
en la paz de los Cielos, y en la paz de los orbes!...

"TRIRREMES" AL SOL

Las quietas aguas del Mar Latino
bellas *Trirremes* surcan gozosas.
Van al amparo del Buen Destino.
La luz las baña, con tintas rosas...

—

Lucen las velas tonos del fuego.
Los remos lanzan chispas veloces.
El mar transmite grato sosiego.
De tierra parten alegres voces.

—

¡Oh, la adorable, feliz mañana!
¡Oh, la admirable tierra cercana,
que al mar envía tan grato aroma!

—

Por el espacio, serenamente,
y á los destellos del Sol ardiente,
cruzan dos águilas... ¡Vienen de Roma!

LAS TRES CARABELAS

Marchaban por el mar tres carabelas,
al impulso del genio castellano;
marchaban por el mar, tendido y llano,
con velas fuertes de rugosas telas.

—

Dejaban por el mar limpias estelas,
y aguardaban, del término lejano,
reinos ignotos; con que al aire vano
por fin rindiesen las cansadas velas.

—

Meditaba Colón, con sed de gloria.
¿Se engañaba, quizás? ¡Error tremendo!
¿Soñaba, sin error? ¡Sueño fecundo!

—

"¡Tierra!" gritaron. ¡Grito de victoria!
Y al grito de Colón, "¡Tierra!" diciendo,
se confirmó la redondez del Mundo.

LAS GALERAS DE DRAGUT

Por las costas malagueñas,
que á pesar de las distancias
miran, con ojos atentos,
á las costas africanas,
muévese largo tumulto,
voces resuenan airadas,
y roncos gritos repiten:
"¡Al arma! ¡Vienen! ¡Al arma!"

—

¿Quiénes llegan? Sobre el fondo
de un vivo mar de escarlata,
que tal parece, á los rayos
de un rojo sol que lo esmalta,
veinte galeras apuntan,
veinte galeras armadas;
veinte galeras temibles:
por audaces, por corsarias.

—

El Rey del Mar, indomable,
—según los suyos,—las manda.

El corsario más experto,
y el más valiente pirata,
que el gran estanque latino
mantuvo sobre sus aguas.
Dragut, á quien cuna diera
Natolia, lugar del Asia;
Dragut, que tiene su corte,
con bella ciudad, en *Africa;*
Dragut, que al cristiano débil
persigue y expolia y mata;
cuyos bizarros alardes,
cuyas ilustres hazañas,
para sus fastos quisieran
Barbarroja y Hacén-Aga.

Frente á las costas que ríen
bajo los montes de Málaga,
—con tan ariscas rompientes,
con tan bellas ensenadas,—
breves momentos, de pronto,
detiene su andar la escuadra;
con que todas sus galeras
más brillantes se destacan;
más temibles, sobre el fondo
del vivo mar de escarlata.

¡ Las veinte naves de guerra,
las veinte naves corsarias;
los largos remos al aire,
y al aire las velas blancas;
por unos instantes, quietos;
por breves instantes, lacias... !

—

Bien dijérase que dudan
y que cavilan, paradas;
quizás por cambiar de rumbo,
sobre las ondas en calma;
tal vez por sumar sus bríos,
con reposo, y á sus anchas;
acaso por dirigirse,
más audaces y alentadas,
contra las costas risueñas,
bajo los montes de Málaga.

—

Mientras, allá, por las costas,
siguen las voces airadas,
y roncos gritos repiten:
"¡ Al arma! ¡ Vienen! ¡ Al arma!

Dragut cambió de proyectos.
Sus naves se alejan. Marchan
hacia Levante, surcando
la viva mar de escarlata.
Nubes pérfidas parecen,
de rayos muchos preñadas,
que á la merced de los vientos,
en vez de acercarse, pasan...
¿Adónde irán, Dios piadoso?
¿Qué costas, luego, mañana,
padecerán de sus furias
ó sufrirán su amenaza?
¿Las granadinas, tan bellas?
¿Acaso las valencianas?
¿Irán, acaso, los buques,
hacia los golfos de Italia?

—

Dragut lo sabe... Sus ojos
grandes é inquietos indagan
sin cesar, por si aparecen
sombras de naves contrarias.
En tanto, sobre las suyas,
bogan y bogan con ansia
pobres cautivos; cautivos
que suspiran por sus patrias.

Al són de duras cadenas
y al són de sus remos cantan,
mientras los aires sollozan
en las velas desplegadas;
saludos quizás trayendo,
desde costas bien lejanas...
Y en tanto, por las que ríen,
bajo los montes de Málaga,
cesan los gritos airados;
concluye, por fin, la alarma.
Gentes y campos respiran
libres de sustos y en calma.
Repósanse los alientos,
con que reposan las armas...

—

Libres, al cabo, del yugo
de las galeras corsarias,
alegres brillan las ondas
del vivo mar de escarlata...
La tormenta se ha alejado.
Por los aires se deshaga.
Dragut por el mar camina.
¡Dios al encuentro le salga!

MAR ADENTRO

A José Gärtner

I

Solo estoy, en el morro del espigón del puerto,
que sin mí, que lo cruzo, sintiérase desierto;
porque la noche es fría, con una bruma intensa
que, en torno al largo muelle, difunde pavorosa,
sobre la mar, que en calma tristísima reposa,
todo el misterio trágico de su negrura densa.
Solo estoy. En las sombras, aún más solo me encuentro.
Solo voy por el muelle y hacia el mar, mar adentro.
Solo voy en la noche, que me presta su manto
de tinieblas densísimas, en que nada percibo;
porque pueda con sombras recatar el espanto
de mis locas alarmas, el espanto en que vivo.
Este pavor de todo, este pavor constante,
—que me aterra,—del Mundo, del Hombre, de la Suerte;

de la misma Fortuna, para mí tan distante;
de mi Muerte cercana... ¡Me horroriza mi Muerte!
Por el aire medroso, que de bruma se llena,
—cada vez más opaca, más fúnebre,—resuena,
de improviso, rasgando la terrible neblina,
la ronca voz de un buque, la voz de su sirena;
la voz de un buque ciego, que al puerto se encamina;
que en vano lo demanda, bajo sombras hundido;
que viene como á tientas, en la niebla marina,
y clama como un loco, sintiéndose perdido.
¡Ah, qué voces de angustia, de zozobra, de pena!
Parecen que traducen otra angustia: la mía.
¡Ay, cielos, enloquece la voz de la sirena!
¡Ay, qué triste, qué triste, qué espantosa resuena,
bajo la noche cruda, bajo la niebla fría!...
¡Sosténme, oh Dios! ¡Sosténme! La doliente negrura
de las tétricas sombras en mi pecho se infunde.
Cunde la bruma densa, dentro la noche obscura,
y en la neblina lóbrega nueva neblina cunde.
Bajo las sombras frías, nuevas sirenas claman.
Dijérase que ruegan, que imploran y que llaman.
¡Pobres naves, que sienten la angustia del espanto!
¡Pobres buques, perdidos en la noche, que imploran!
¡Sálvalos, Dios clemente! ¡Protégeme, Dios Santo!
¡Por sus voces que claman! ¡Por mis versos que lloran!

II

¿Fué prodigio, quizás? Magno prodigio
debió de ser. De pronto, de repente,
como en alas de un aire poderoso,
pero blando á la vez, por halagüeño,
me sentí transportado... Por el aire
y á través de la bruma. Juraría
que el viento me llevó sobre las rocas
de un islote brevísimo; que en ellas
mis plantas se afirmaron, y que en torno
me aprisionaba, sin cesar, la bruma.
¡Oh, cuán tremenda, sigilosa cárcel!
De improviso también, nuevos clamores
llegaron hasta mí. No ya lamentos
prolongados, agudos, angustiosos,
de las sirenas de los buques. Voces
más angustiosas por humanas. Eran
todas las voces del dolor humano:
las de la angustia que consume, viva;
las de la duda que devora, lenta;
las del martirio corporal, que röe
las del tormento de las almas... ¡Todas!
¡En ráfagas intensas, en intensos
lúgubres torbellinos, resonaban

sin cesar!, ¡sin cesar! ¡Cuán espantosas!
Doblé la frente, con entrambas manos
sosteniendo su grave pesadumbre;
cerré los ojos, y aguardé...
¿Qué instinto,
cuál anhelo, qué afanes, me infundían
alientos de esperanza?
Lentamente,
las ráfagas intensas, los clamores
de angustia y de dolor, fueron cesando;
perdiéndose, quizás, en la distancia,
y al fin tan sólo resonaron leves,
cual vagas voces, cual distantes ecos.
Alcé los ojos, y ¡oh delicia! Rota
la espesa bruma, sobre el mar de Oriente
un imprevisto resplandor lucía.
¡La Aurora al fin! Y la anhelada Aurora
fué cundiendo risueña, difundiendo
por el aire dormido, sobre el agua
su alegre claridad... Y por el aire,
cual tropel de fantasmas perseguidos,
los deshechos jirones de la bruma
se escapaban huyendo... Vivos rayos,
cual explosión de fuegos celestiales,
coronaron después la gaya fiesta
de la Aurora gentil;—fiesta sublime,
con tan sublime luz,—y al fin, rasgando

su noble frente las dormidas ondas,
sobre el espejo de la mar en calma
miré surgir el Sol. ¡Oh, Sol, que vuelves
para el hombre infeliz, como la imagen
de la luz, de la fe, de la esperanza,
que tras las noches y las penas tornan;
oh, Sol, alegre Sol, padre del Día:
la risa de los aires te saluda,
y el gozo de los hombres te bendice!

III

Surgió su rojo disco del mar, como rodela
de fuego, remontada por mano de gigante;
de un buque portentoso, redonda, magna vela,
y sobre el mar sereno, con ráfagas de estela,
tendióse un gran camino de luz centellëante.
Tendióse un gran camino de luz, cual si brotara
del Sol, del rojo disco del Sol, allá en Oriente;
tendióse un gran camino de luz, intensa y clara,
que sobre el mar corría, vibrante, reluciente,
con rápidos temblores, con múltiples reflejos,
cual una piel abierta de anchísima serpiente,
vestida con escamas de chispas y de espejos.
Y sobre el ancho disco del Sol, con leve y blando

gentil andar, movióse bellísima figura,
que fué, sobre la mágica rodela, destacando
con luz, como de Gloria, su espléndida hermosura.
Con planta leve y pura, bajó por el camino
que hasta mis pies llegaba, que desde el Sol corría,
y sobre el mar luciente, como á mi encuentro vino,
radiante de hermosura, radiante de alegría.
Bajó... Siguió... ¿Quién era? Jesús... Jesús divino,
que sobre el mar sereno su marcha proseguía,
cual Sol, del Sol brotado, por gracia del Destino;
cual astro portentoso, cual nueva luz del día.
Sonó, vibró su acento, con dulces inflexiones;
sonó sobre las aguas, vibró por el ambiente,
tan puro y sosegado; vibró con claros sones,
cual agua de un arroyo brotando de su fuente.
Su voz era un arrullo, de célica armonía;
su voz, la voz más pura: ¡la voz de su pureza!
Jesús, sobre las ondas, su marcha proseguía,
y en tanto que marchaba, con noble gentileza,
así la voz del Justo,—su dulce voz,—decía:

"Bienaventurados, los pobres de espíritu.
Las dichas del Cielo, sin mal ni cuidados
que angustien sus horas, serán con sus almas...
¡Bienaventurados!

"Bienaventurados, los mansos y humildes;
por mí silenciosos, por mí resignados.
Dueños y señores serán de la Tierra.
¡Bienaventurados!

"Bienaventurados, los tristes que lloran.
Pues lloran, pues sufren, serán consolados.
Los que sufren ansias y sed de justicia,
¡bienaventurados!

"Hombres compasivos del sufrir ajeno,
por mi fe piadosos, de mi fe soldados,
pues habrán, en premio, gran misericordia,
¡bienaventurados!

"Los que hubieren puros, limpios corazones;
los que en sí mataren, por nobles dictados,
rebeldes instintos, pasiones bastardas,
¡bienaventurados!

"Los que mal sufrieren, por buenos y justos,
en cárceles duras; de hierros cargados,
de penas y oprobios; pues han mis favores,
¡bienaventurados!"

IV

...Y por el mar, hacia la tierra, todo
palpitó, con latido de alegría.

...Y las ondas del aire transmitieron,
serenamente, venturosamente,
la palabra de Dios, consoladora.

...Y arrebatado por celeste llama,
de intensa claridad, en un instante
despareció Jesús...

...Y en el espacio,
cual la huella de un grande metëoro,
dejó su huella, su ondulante huella;
reguero vivo de crujientes chispas,
¡himno triunfal de fuego, crepitante!

...Y en la paz del ambiente despejado,
despejado y espléndido: sin mancha,
quedó la luz, que lo llenaba todo,
que lo arrollaba todo, con sus rayos,
cual una rebelión contra las nieblas,
cual una afirmación contra las dudas.

¡Oh, la paz de las ondas, infinita!
¡Oh, del ambiente, la admirable y quieta
diafanidad azul!... ¡Oh, la sublime
gracia de Dios: la claridad de juicio
que la palabra de Jesús me impuso!...

¡Oh, paso de Jesús, sobre las aguas!
¡Oh palabra de Dios, para los hombres!

¡Oh, bienaventuranzas: sed eternas!

LA BARCA VIEJA

Sobre la orilla del mar,
sobre su playa serena;
sobre el lecho de su arena
que la invita á descansar;
triste imagen del pesar
que, sin tregua, la devora,
sufre sin cesar; añora
con negras melancolías
sus buenos y alegres días,
una barca pescadora.

—

Mírase ya sin "pareja",
con que se ve desdeñada;
mírase al fin arrumbada,
por inútil y por vieja.
Ya sobre el mar no refleja
su hermosura decadente;
pero mira al mar, enfrente,
que celebró su hermosura;
con que aumenta su amargura,
tan medrosa, tan doliente.

—

Ve sobre el mar, con el día,
muchas "parejas" lozanas,
que á las ondas, cuán livianas,
van diciendo su alegría.
Tanta fué su gallardía.
Cual la de barcas tan bellas.
Bien la envidiaron doncellas,
con insistentes miradas.
En las noches despejadas,
bien la vieron las estrellas.

—

¡ Barca infeliz ! ¿ Quién la mira ?
Ya, ¿ quién ? El mar la olvidó ;
mar que sus gracias copió,
como copia quien admira.
De nuevo, sufre y suspira.
¡ Solloza, de nuevo, en vano !
Quiere el Destino tirano
que la infeliz veterana
padezca, triste y anciana,
todo el dolor de lo anciano.

—

Mas, no; ¡no sufras! ¿Por qué,
vieja barca pescadora?
Porque sin fruto se llora
por la dicha que se fué.
¿Que el mundo vieja te ve?
¡Moza te vió, bien garrida!
¡Bien viviste, complacida
de la vida, de sus goces!
¡Bien, por lo mismo, conoces
la hermosura de la vida!

—

¿No cruzaste por el mar,
linda, bizarra, ligera?
¿No te admiró, por velera,
quien te vió con buen mirar?
¿No conseguiste gozar
de mercedes codiciadas?
¿No fueron en ti las Hadas,
en dulces noches de luna?
¿No alcanzaste la fortuna
de las dichas más soñadas?

—

Pues, piensa en ello, mejor
que en tus angustias presentes;
más que en tus duelos crecientes
y en su constante rigor.
Piensa en las horas de amor
que te dieran tus amores;
piensa en tus horas mejores,
de luces y encantos llenas;
con que se amansen tus penas
y se templen sus rigores.

—

Es gran dón el de la vida,
por el Cielo concedido.
Todo ser, pues ha vivido,
ventura logró cumplida.
Mal hace si al fin olvida,
cuando conoce su invierno,
su Abril florecido y tierno;
su amor, su paz inefable...
¡ No fuera el bien tan amable
si fuera su bien eterno!

—

Sábelo ya, barca altiva,
que hoy sollozas decadente;
que sufres hoy, tan doliente,
junto á la mar, tan esquiva.
Feliz se juzgue quien viva;
quien tuvo su Abril florido,
quien lo salva del olvido...
Reprime tu larga queja.
¡No solloces, barca vieja!
¡Cuán feliz, quien ha vivido!

CANTO Á NEPTUNO

Musa, la Musa de mis gratas horas;
Musa, la Musa de mis gratos sueños:
torna, retorna; tu favor me ampare.
Ven y me acorre.

—

Versos me dicta con que al fin concierte
canto gozoso, que repita el aura;
versos pulidos, con que yo, gozoso,
cante á Neptuno.

—

Cante á Neptuno, frente al mar del Lacio.
Bellas se humillan, á mis pies, sus ondas.
¡Oh, las que miro, transparentes! ¡Cuántas!
¡Oh, *mare nostrum!*

—

Cante á Neptuno, que en mi afán me acuda.
Gracia le pida, que en mi bien me anime.
Llegue Neptuno, bienhechor. Lo traigan
recios tritones.

—

Llegue, me acuda, sobre el mar sereno.
Concha radiante, como barca y trono,
bien le sostenga, y en su diestra vibre
magno Tridente.

—

Miren mis ojos su figura grave.
Logren mis ansias el favor soñado.
Ven, oh Neptuno, y en mis ansias vivas
goce con verte.

—

Plácida mar ante mis pies se rinde.
Playa serena me sostiene agora.
Lánguida virgen á mis ojos alza
lánguidos ojos...

—

Mira, cuán bella, la lozana virgen.
Blanco su rostro, cual de nieve, luce.
Pura su frente despejada. Fino,
blanco, su cuello.

—

Claros y azules mirarás sus ojos,
tímidos ojos que el amor alumbra.
Son más celestes que las ondas mismas,
ondas celestes.

—

Mira su talle. La gentil palmera
no más gentil, en venturosos huertos,
—huertos de Arabia,—bajo el sol, su amado,
crece flexible.

—

Mírala. Pronto. Con afán suspira.
Quiere que al són de las marinas aguas,
aguas sumisas á tu voz, la evoque
clásicos tiempos.

—

Dila bellezas del Olimpo alegre.
Píntala goces del feliz Olimpo.
Surjan, á miles, sobre el mar, nereidas
leves y blancas.

—

Cuéntanos fastos de la Grecia joven,
fastos ilustres de la Roma invicta;
canten las aguas lisonjeras odas;
Eros lo mande.

—

Clásicas odas que el Amor inspire.
¡Tanto el Amor á su poder la humilla!
Suenen amantes sus palabras. Suenen,
suenen á besos...

—

¡Nunca tan dulce tu favor otorgues!
¡Bien lo merece mi lozana virgen!
¿Dudas? No dudes... Sus encantos puedan
más que tus dudas.

—

, Cuadros risueños, ante el Sol Latino;
cuadros que ofusquen, por su luz, evoca.
Míralos, diosa de mi amor. Neptuno
ya nos atiende.

—

¡ Ya nos conoce ! Malicioso, ríe.
¡ Gracias, oh Dios de los marinos Reinos !
Ya la feliz evocación comienza...
¡ Goza, mi amada !

—

Brazos amantes á mis brazos une.
Flores salpiquen tus dorados rizos.
Flores que llenan, con amor, tu falda;
falda florida.

—

¿Ves? Ya en los aires la Visión columbro.
¿Sientes un canto para ti que arrulla?
Cantan las ondas... ¡ Para ti ! ¡ Repiten
versos de Ovidio !

LOS BUQUES FANTASMAS

Estos que veis, fortísimos "veleros";
naves que esperan, sobre el mar paradas
en tanto que los aires
no desplieguen sus alas,
con que todas sus velas
se estremezcan y estiren, desplegadas;
estos que veis, magníficos "veleros",
de cinco palos, sobre el mar en calma;
prisioneros de brumas insistentes,
misteriosas, opacas,
cuando el viento retorne
de nuevo marcharán, en loca marcha:
¡con cuánta vela al viento!
¡desgarrando las aguas!...

—

Ora, la bruma los envuelve y ciega;
los aprisiona sin cesar... Y aguardan.

Y á través de la bruma, se aparecen
como buques fantasmas...
Dormita el mar... El viento, fatigado,
reposa, duerme, calla...

¡Cuán profundo silencio!
¡Cuán medroso! ¡Cuán grave!
Más profundo parece,
más triste, por instantes...
Más cada vez la bruma
va borrando las formas de las naves.
¡Qué paz en tanta niebla!
¡Qué paz en tantas ondas,
bajo los quietos, sigilosos aires!
De improviso, resuenan
misteriosas, distantes,
cual si allá resonaran, en el fondo
de las brumas tenaces,
músicas gratas, que el encanto dicen
y el amor de los mares.
¡Oh cuán gratas, las músicas marinas!
¿Las difunden los ángeles?

—

A través de la niebla,
rasgando leves los dormidos aires,

sus gratas notas vibran
con sones celestiales.
Una mágica orquesta los regala,
para bien de los buques prisioneros,
para bien de sus pobres tripulantes...
Una mágica orquesta, dirigida
por un mágico Dios: Ricardo Wagner.

AL AMOR DEL PUERTO

En el muelle de Cádiz
hay muchas *tiendas.*
Tierra adentro, dirían
muchas *tabernas.*
Fuertes y serios,
beben allí, descansan,
los marineros.

Marineros, marineros,
de buques bien diferentes,
de naciones bien distintas,
de muchos diversos temples.
Españoles, bien hallados
en "tiendas de montañeses",
porque están como en su casa,
despreocupados y alegres.
Noruegos, de azules ojos;
rusos, alemanes, "fuertes
como castillos"; flamencos,
coloradotes; ingleses
y franceses, rozagantes,
parlando con fuerza siempre.
Todos con el tipo recio,
tan hermoso, de la gente

del mar; admirable tipo
que el mar, por bueno, conserve.
Todos con caras curtidas,
con bizarro continente,
con ojos que vieron mucho,
con almas que nunca temen.

De puertos remotos, varios,
los extranjeros proceden;
de tierras que los reciben
con cariño cuando vuelven;
donde viven "sus cariños",
los más raigados y fieles.
En tierras, hoy, bien distantes
de las tierras que prefieren,
tristezas vagas inspiran,
nostalgias profundas sienten.
Para olvidarlas, sonríen.
Para disiparlas, beben.
Para matarlas, se juntan
en las tabernas del muelle.

¿Qué será, Dios, de sus madres?
¿Qué, de sus pobres mujeres?
¿Qué, de sus hijos? Por ellas
y por ellos no se inquieten.

Fumen, con sus largas pipas;
beban sin descanso, jueguen;
con que sus penas concluyan,
y sus afanes se templen.
Con voz de pájaro joven,
lo va cantando un grumete,
muy jovial, en tanto sube,
desde un bote muy celeste,
por una escala de piedra,
vestida de yerba verde:

"Marinero, marinero,
no te acuerdes tú de *ná*.
Si no las tiras al aire,
tira las penas al mar."

Tiene razón el muchacho.
Dice verdad el mocete.
No sufran mozos tan buenos.
No giman hombres tan fuertes.
¡Con salud y tiempo claro,
disfruten y vivan siempre!
¡Fumen, pues! ¡El humo al aire!
¡Charlen, y beban, y jueguen!
¡Beban bien! Licores *bravos,*
de los que alegran y *encienden.*

¡ Al mar, las penas ! ¡ Que sirvan
de alimentos á los peces !

Hoy gocen aquí. Mañana
por otros puertos alegres.
En los tristes,—bajo brumas,
negras, tenaces, perennes,—
con sus gozos, ellos mismos
luces y gozos les presten.
¡ Al mar, al mar, marineros !
¡ Al mar, al mar complaciente ;
que brinda tantos caminos,
que tantos puertos ofrece,
que da tan seguras dichas,
que guarda tan ricos bienes !
Ya lo dice la mozuela
que pasa con paso breve :

"¡ Marineros, marineros,
marineros de la mar !
Todos son aves de paso.
Ya nos buscan. ¡ Ya se van !..."

....

....

Huele á mar, á frescas algas.
La tarde, tan dulce, muere.

Por los espacios, tan puros,
sus luces se desvanecen.
  Ya se van los marineros
por las escalas del muelle...
Pronto partirán, acaso.
¡Dios, con fortuna, los lleve!

LA BALADA DE LA ABUELA

A Rafael Calleja

La abuela decía la triste balada.
La nieta,
poniendo en los aires la quieta
mirada,
la triste canción recogía.
La mar, á lo lejos; la mar encrespada,
rugía.
La abuela decía:

—

"Junto á la mar
vedla llegar.
Junto á la mar, de roca en roca,
vedla pasar...
Vaga al azar la pobre loca...
¡Pobre Pilar!
Fué—Dios lo quiso—linda flor.
Otra mejor

nunca miraron mar y cielo.
Feliz amor
dióle su bien, su dulce anhelo...
¡Ay de su bien! ¡Ay de la flor!
¡Ay de su amor!"

—

La abuela decía, cuán bien, la balada.
La moza, la nieta,
poniendo en los aires la inquieta
mirada,
con leves suspiros gemía.
La tarde, á lo lejos; la tarde doliente,
moría.
Su luz, en Poniente,
lanzaba los rayos postreros del Día.
La abuela decía:

—

"Tuvo un amor.
Su muerto bien, su paz evoca,
mientras, con trágico dolor,
corriendo va, de roca en roca.
Tuvo un amor,
¡cuán bienhechor!

¡Amor de flor!
Era su amado,
fuerte y osado,
gran marinero.
Su barca fué *La linda Elena,*
por dócil, buena.
¡Cómo surcó la mar serena!
¡Cómo rasgó la mar bravía!
¡Mas ¡ay! que al fin la odió la mar!
¡La mar sombría!
¡Pobre Pilar!
¡Cuál la acechó funesto día!"

—

"Salió á la mar
La linda Elena.
Con claro Sol, con buen andar,
con mar serena.
Borrasca vil después rugió...
La barca, al cabo, zozobró...
¡Pobre Pilar!
¡Allá, en el mar
su bien quedó!
¡Allá en el mar, tanto contento!
¡Por obra fué de tanto viento!

¡ Por obra fué de tanta mar !
¡ Pobre Pilar !"

—

"Triste aguardó,
día por día...
¡ Mas, ay, que no
su bien volvía !
¡ Nunca volvió ! ¡ Cuán vil la mar,
si llega á odiar !
¡ Cuánto es, entonces, su poder,
pobre mujer,
pobre Pilar,
que al fin llegaste á enloquecer !"

—

La abuela seguía, con voz ya cansada,
diciendo la triste balada.
La moza, la nieta,
con triste mirada,
que el miedo tornó más inquieta,
con cuánta emoción atendía.
La mar, encrespada,
rugía y rugía;
¡ por cuantas rompientes rasgada !

Ya Venus, la Estrella
gentil, de la Tarde,—¡ cuán bella !,—
con luz refulgente,
que allá, por Poniente,
vertía,
besaba, clemente,
la frente,
que ya declinaba, del Día...
La historia, por fin, acababa;
que al fin todo acaba.
La abuela decía:

—

"Junto á la mar
vuelve la loca.
¡ Volvió mil tardes !... ¡ Cuál vagar
el suyo fué, de roca en roca !
¡ Vedla pasar !
¡ Al cielo invoca !
¡ Ved su dolor !
¡ Loca se ve, de tanto amor !
¡ De tanto amar !
¡ Pálida muere ! ¡ Pobre flor !
¡ Pobre Pilar !"

—

"¡Ora,—lo sueña,—vuelve al fin!
Aquel pequeño bergantín
quizás lo trae.
Llega hasta el mar... El mar la atrae...
"¡Voy á tu encuentro!"
grita por fin... Y al fin se lanza,
mar adentro...
¡Y el mar, entonces, la envolvió!
¡Del hondo mar,
ella, tampoco, retornó!...
¡Pobre Pilar!"

—

La triste leyenda por fin acababa.
La mar, incansable, rugía,
la costa batiendo tan brava.
"¡Con esto, la historia se acaba!"
la abuela decía,
con voz como voz de agonía.

La abuela gemía...
La moza lloraba...
La tarde moría...

LAS "PAREJAS"

Con buen andar,—vuelo blando,—
por el mar casi desierto
las "parejas" van dejando
las quietas aguas del puerto.

—

Tras bellas, radiantes horas,
tiende el sol á tramontar.
Y las barcas pescadoras
se aventuran hacia el mar.

—

Mar adentro, donde apenas
buque alguno se divisa.
Cantan las ondas serenas.
Canta, volando, la brisa...

—

Y en tanto el sol, que tan bellos
los diera por la mañana,
va apagando sus destellos
sobre la sierra cercana.

—

Ya, por Málaga, se encienden
luces y luces á miles.
Así las flores se prenden
las malagueñas gentiles.

—

Huye al fin la luz fugaz
del crepúsculo, vïoleta.
¡ Seguid las barcas, en paz,
sobre el agua limpia y quieta !

—

Largo botín os ofrece
mar tan buena y apacible.
Hoy, vuestra Armada, parece,
por lo feliz, invencible.

—

Seguid, las barcas; volad,
pues fuertes sois y ligeras.
Pero, entre tanto, mirad
por las naves compañeras.

—

¡ Siempre ! Con un pensamiento
que os mantenga siempre unidas.
En las horas del contento,
como en las horas temidas.

—

Que por algo emparejadas
salís hacia el mar traidor.
¡ Libres vivid, pero atadas,
á la vez, por el Amor !

PUESTA DE SOL

I

Se va, se oculta el Sol. Mejor diría
que la tierra, girando, se despide
de su amor, de su luz; pues ella mide,
fija, decreta, la extensión del Día.

Se va, se oculta el Sol. Tiniebla fría,
que el sol, mañana, de rasgar se cuide,
pronto vendrá... La Noche lo decide.
La vieja Noche, fúnebre, sombría.

Se va, se oculta el Sol; rojo, rojeto...
Por el mar hermosísimo, tan quieto,
las ondas limpias de su luz se tienden.

Al reflejarlas hoy, por vez postrera,
con reflejos de chispas en hoguera
las anchas ondas de la mar se encienden.

II

Un camino de luz, que maravilla,
del Sol arranca, desde el mar abierto;
un camino de luz, de luz cubierto,
que muere al fin en apartada orilla.
Para que corra desde el Sol, se humilla
la mar serena; con que marcha cierto...
La mar, los buques, la ciudad, el puerto...
por gracia, todo, de sus rayos, brilla.
Brilla, rebrilla, sin cesar. Las ondas,
con tantas vivas claridades blondas,
ondas de luces sobre el mar deslíen...
¡Dejan al Sol, que las adora tanto!
Ninguna vierte, por dejarle, llanto.
Muchas, por vanas, por coquetas, ríen.

III

Febo despareció. Penumbra vaga
se extiende por el mar. La Noche llega.
Ya su manto, negrísimo, despliega
con chispas mil de luz; manto de Maga.
Ya la luz del crepúsculo se apaga.
Ya la sombra la vence, nocherniega.
Ya la Tarde se extingue... Ya se entrega,
desvalida del Sol, en lucha aciaga.

En tanto el aire, pues al Sol adora,
ganoso de sus rayos, conmovido
por la ausencia del Sol, suspira, llora...
¡Le enamora la luz! Y llora, y siente,
la gran tristeza del amor perdido,
la gran nostalgia del amor ausente...

LA NADADORA

I

Recostada, dulcemente
recostada sobre el mar,
una joven
nadadora
sueña,
flota,
pasa,
torna...
Sostenida por las aguas,
entregada á sus caprichos
y dejándose llevar,
con las aguas, torna, pasa;
con las olas, vuelve, va...

—

Es la joven
y atrevida nadadora
un prodigio de hermosura,
bien si luce la arrogancia
de su espléndida figura,
dominando sobre tierra,
soberana de los hombres
por su encanto celestial;
bien si busca
las caricias de las aguas,
y se entrega sin cuidados
á los besos inocentes
de las ondas de la mar.

II

En las ondas se reclina
con graciosa languidez,
y al impulso de las aguas
y al compás de su vaivén,
como espuma que las olas
levantaran al pasar...
pasa,
torna,
vuelve,
va...

En las niñas de sus ojos
se refleja la hermosura
de la bóveda celeste.
Por los cielos de sus ojos,
y en imágenes preciosas,
—invertidas
é invertidos,—
pasan nubes sonrosadas,
cruzan pájaros ligeros,
muy ligeros,
que dan vueltas
y revueltas,
satisfechos de la vida
y orgullosos de volar.

Se dijera que la joven
y atrevida nadadora
que en la tierra se recata
de los ojos de los hombres,
se complace,
recostada sobre el mar,
en el amplio lucimiento
de su joven lozanía,
que las flores envidiaran;
en la hermosa libertad,
que devuelve su armonía,
para gozo de las ondas,

á las formas admirables
de su cuerpo escultural...

Que por eso
tan contenta se reclina,
sin cuidados, sin temores,
en las ondas transparentes
que la llevan
y la traen,
la acarician
y la mecen,
con dulzura y con amor...
No más dulces
la mecieran
aires tibios
en el seno
de la hamaca
deliciosa,
cabe cielos
tropicales...

Mientras dora
sus contornos
claro sol...
¡sol de Agosto, complaciente,
con ardiente
resplandor!

III

Ya, cerrados los ojos
y entreabierta la boca,
bajo dulces influjos
de ilusión deliciosa,
más gentil aparece
la gentil nadadora...
Con los ojos cerrados
y entreabierta la boca,
levantados los senos
de purísima forma,
¡ recostado su cuerpo,
que rendido reposa,
bajo el trémulo halago
de la luz que lo dora ;
bajo el sol que la besa,
si la bañan las ondas ;
al vaivén de las aguas,
al compás de las olas !

IV

Como espuma
que las olas
levantaran

al pasar...
pasa,
torna,
vuelve,
va!...

Recostada,
columpiada,
por la luz acariciada...
¡dulcemente sostenida
por el mar,
pasa,
torna,
vuelve,
va!...

¡Cuánta luz, risueña y pura!
¡Qué frescura,
tan intensa,
tan hermosa, la del mar!
Ay, qué ensueño, tan hermoso,
de reposo,
de ventura,
sin igual!...

Nadadora,
tan gentil y tan alegre;

más alegre que la aurora:
¡siempre goces
de tan grata libertad!...

EL GRAN DÍA DE LEPANTO

Cantemos al Señor que en la llanura
vencíó del ancho mar al Trace fiero...

(FERNANDO DE HERRERA:
Por la vitoria de Lepanto.)

Cantemos, sí; cantemos.
Al grave són, magnífico,
de las aguas batidas por los remos,
salpicadas de luz... ¡Oh, magno día!
¿Con cuál favor tus hechos cantaría?
¿Cómo tu grande, tu solemne espanto?
¿Con qué robusto canto,
grande Triunfo, solemne, de Lepanto?
La Media Luna, rota,
bajo la Cruz se humilla.
Brilla la Cruz, espléndida, remota,
¡sobre las aguas!... ¡Brilla,
sobre los aires...! ¡Flota!

Brilla con resplandores
clarísimos, cuán puros.
Con sus rayos mejores,
más que nunca seguros.
¡Cantemos al Señor! ¡Con himno mágico!
¡Frente á las naves de la Santa Liga!
¡Sobre las ondas, las del golfo trágico,
cantemos al Señor! ¡El nos bendiga!

—

Tú, Dios de las batallas, Tú eres diestra,
salud y gloria nuestra...
¡Tú! ¡Tú, mi Dios, en quien adoro y creo.
Ora el combate su furor nos muestra.
¡Lo jurara! ¡Lo veo!
Por obra,—que bendigo,—
de visión providente, lo consigo.
No. No luchan, tan sólo, dos naciones,
tras fieras amenazas,
por locas ambiciones.
Combátense dos razas.
Luchan, en lucha impía,
la tiniebla, tan fría,
la luz del Sol, ardiente.
¡Batallan frente á frente!
Batallan la Verdad, noble y eterna,

y el vil Error, vitando,
que engaña con su error, cuando gobierna
con torpe, duro mando...
Batallan y batallan,
mientras las bocas rugen
que tanto fuego, por doquier, vomitan;
mientras fuegos estallan,
mientras las naves crujen,
mientras sus hombres, iracundos, gritan;
en gran combate horrendo,
que al mismo Sol conmueve;
con un terrible estruendo,
que rompe, sin cesar, el aire leve...

—

Bajo nieblas del humo, desgarradas,
desgárranse también las dos Armadas;
mientras deslumbran, al brillar en ellas,
—rayos de muerte,—lívidas centellas.
Me aturde el formidable cañoneo.
Me aturde el clamoreo
de las gentes que luchan,
y que al luchar, bravísimas, lo escuchan;
el fragor con que atruenan
los disparos que suenan y resuenan...
¡Todo lo escucho, sí! Todo lo miro,

bajo la gran neblina, pavorosa,
del humo, largo y denso,
que á tanta nave, bajo el Sol, acosa;
que el golfo cubre, bajo el Sol, inmenso;
cuando la nube, que sangrienta sube,
se desgarra á mis ojos
con resplandores vívidos y rojos;
cuando la entraña de la roja nube,
trémula ya, se parte;
cuando surge tras ella, tras sus velos,
sobre los anchos, refulgentes cielos,
la roja faz de Marte.

—

Surge también un bélico estandarte,
sobre galera del Señor cuán fijo.
Por él, en campo azul, sus brazos tiende
radiante Crucifijo.
Cual nuevo Sol esplende.
Con luz de estrella guía.
No, sin su luz, su Armada vencería.
Con él, por él, un himno de victoria,
dictado por la Gloria,
pronto resonará, de nave en nave,
por las naves cristianas;
himno rotundo, venturero, grave,

que en gozosas mañanas
dirán desde los templos las campanas.

—

Plácido mar temblaba de alegría
cuando llegó para su bien el día;
claro día, sereno,
del Otoño feliz; de encantos lleno.
Claro Sol, por Oriente,
sus ansias delató, cuán impaciente...
Doró con sus fulgores,
vistió con sus colores,
naves, sin fin; maltesas,
romanas, genovesas,
españolas, en fin, y venecianas;
duras, grandes, ufanas...
Sobre las limpias y celestes olas,
encantaron al Sol las españolas.
¡Por bizarras, por lindas, por gentiles!
¡Por sus frescos encantos juveniles!
¡Por el gentil donaire
con que dieran sus flámulas al aire!
Cierto bravo Don Juan, de excelso nombre;
perfecta copia, singular, del hombre
más dotado por Dios, las dirigía.
Con que, mirando naves tan hermosas,

sus tintas más risueñas, tintas rosas,
les regaló, sin vacilar, el Día...

—

Pronto los buques, en que el odio late
contra el infiel, volaron al combate...
Buscaron, descubrieron en su asilo,
donde buscó guarida;
sobre el golfo tranquilo,
y al amparo del golfo recogida,
—con naves muchas, fuertes,—
á la temible Armada
del temible Selim; á tantas muertes
y á tantos infortunios condenada.
Y el combate empezó; duro, sangriento.
Y el combate siguió; largo, violento...
Y el gran combate sigue... ¡No deliro!
Bajo la gran neblina, desgarrada,
del humo denso, por el Sol dorada,
lo descubro, ¡lo miro!...

—

Con fuego tanto, las opuestas flotas
ya se combaten, rotas...
Batallan y batallan,
mientras las bocas rugen

que tanta muerte, sin cesar, vomitan;
mientras fuegos estallan,
mientras las naves crujen,
mientras sus hombres, iracundos, gritan...

—

"¡Bien, cristianos, luchad! ¡En grande justa!
¡Dios mira por vosotros! Famagusta
venganza pide, y á los aires lanza
lamentos que la imploran. Sus lamentos
os procuren alientos
de valor, de firmeza, de venganza.
Por Dios lucháis, por que se imponga al cabo
la Santa Ley de Dios; por que recobre
su santa libertad el mundo esclavo;
sin El, indigno, pobre...
¡Luchad! ¡Luchad!"

—

Las naves se acometen
con más empuje; sin que ya, por ello,
nada miren, ni sufran, ni respeten.
Los disparos atruenan.
Los disparos que suenan y resuenan...
Sobre naves tan hoscas y bravías.
Desde tantas opuestas baterías...

Los largos alaridos
de los tristes heridos...
Las voces, tan feroces,
—¡oh, magníficas voces!—
que más valor infunden;
altas voces, ¡tan altas y vibrantes!,
que retumban y cunden
como gritos de trémulos gigantes...
¡Oh, cuadro sin igual!

—

En una fiera,
castellana galera,
lucha noble guerrero;
por las trazas valiente caballero.
Lucha, bien esforzado;
como quién más, osado;
como quién más, certero.
Tiene vigor de roble.
Su espíritu viril, robusto y noble,
tiene temple de acero.
Cruda, fatal herida,
rasga su izquierdo brazo. ¡Poco importa!
Que no, por ello, corta
Parca fatal el hilo de su vida.
¡No ha de morir! El Cielo

que le apresta consuelo
no lo consentirá... ¡ Feliz destino
le aguarda, bienhechor, en su camino!
Por tierra de Castilla,
la su tierra natal, *noble y sencilla;*
por campos de pardillos y zorzales,
entre vides y próvidos trigales,
un otro caballero
lo espera con amor; por que conciba
con su amor esperanzas;
por que al fin se conozcan; por que escriba
guerrero tal, de condición tan viva,
del otro caballero las andanzas.
¡ No morirá, guerrero tan osado,
del turco vil bajo el brutal azote!
¡ Lo ampara Dios, su Dios!... ¡ Está á su lado
la sombra del futuro *Don Quijote*!

—

Las naves capitanas,
las naves soberanas,
atácanse por fin, cual dos tormentas;
iracundas, sedientas
de sangre por doquier; entrambas locas,
¡ con crujidos de rocas sobre rocas!
Sus hombres se entrelazan,
en tanto se arremeten.

¡Para matar, para morir, se abrazan!
¡Sólo muertos, al cabo, se someten!
Ya Santa Cruz y Requesens acuden...
Ya ni los turcos,—¡vivan y lo vean!,—
del triunfo cierto que los vence duden...
¡Por él al cabo, redimidos, crean!
Su semi Dios ilustre, su Almirante,
ríndese ya ¡por fin! agonizante...
¡Gritos ya de *victoria*
vibran y vibran por doquier! ¡La Historia
recogiéndolos va! ¡Solemnes gritos,
oh cuán altos, gozosos y benditos!
¡Oh, triunfo del Señor! ¡Oh, magna gloria!

—

¡Venció la Santa Liga!
¡Cantemos al Señor! ¡El nos bendiga!
¡Cantemos! ¡Alabemos
sus designios supremos,
sus designios profundos!
¡Sobre naves guerreras y españolas
cantemos al Señor! ¡Canten las olas!
¡Los cielos canten ya! ¡Canten los mundos!

LOS "BUSIS"

Llaman en Cádiz *busis*
á unos botes pequeños,
en los que apenas caben,
con uno ó dos viajeros,
los *chavales* que bogan,
con viejísimos remos.

—

A veces, marchan muchos
desperdigados, sueltos;
tan menudos y alegres,
tan libres y ligeros;
bien por allá cruzando,
bien por aquí bullendo...
Y á veces, se congregan
sobre la mar, á cientos;
reposan muy tranquilos,

sosiéganse muy quietos,
y al són del agua prueban
la paz de largos sueños...

—

Oh, *busis,* camaradas
de mi niñez, tan buenos;
que, sin haber crecido,
llegáis por fin á viejos;
que, sin haber gozado,
siempre vivís risueños:
con qué placer, tan vivo,
despiertan mis recuerdos;
con qué profundo gozo
sobre la mar os veo,
cuando á mi Cádiz,—¡ Cádiz,
ah, cuán ingrato!,—vuelvo.

—

¡Oh, los *busis!* Mil veces
fuí por el mar en ellos...
Más que á gustar del vasto
panorama, soberbio,
con que la gran bahía
sorprende en todo tiempo;

más que por ver, curioso,
tantos buques diversos,
mercantes ó de guerra,
magníficos y nuevos,
por disfrutar, á solas,
en tales gratos senos,
de un placer que es ventura
y es salud; tan intenso,
que es de los pocos gustos
que á gusto saboreo...
El placer inefable
de infiltrar en mi pecho
el aire que enriquece
la mar con sus alientos;
el buen aire marino,
francote, volandero,
lleno de olor á sales,
y como el mar tan bueno.

—

Siempre que pude, siempre,
cobré salud con ello.
Por gozo tal suspiro
siempre que el mar contemplo,
siempre que el agua cruzo
de aquel amigo puerto...

Grato olor de los mares,
tan sanos, tan inmensos:
por tu favor, evoco
mis más dulces recuerdos.
¡Oh, mis hermosos días!
¡Oh, mis alegres tiempos!
Ay, era niño entonces...
¡y ya voy para viejo!

EN LAS ROMPIENTES

Desde pardas, firmes peñas,
por gracia del Sol risueñas,
que al mar airado quebrantan;
grandes rocas, ribereñas,
que sobre el mar se levantan,

—

miro á las olas llegar,
decididas á saltar;
las miro, después, romperse,
y al fin, deshechas, cernerse,
ya en espumas, sobre el mar.

—

Vienen, á cientos; hinchadas,
vanidosas; adornadas

con leves crestas de plumas;
que tal parecen, rizadas,
sus blanquísimas espumas...

—

Llegan, con ansias crecientes;
pavorosas, imponentes;
con alientos de titanes,
¡como con locos afanes!,
¡en contra de las rompientes!...

—

Las asaltan, sin temor,
ganosas de acometer;
con frenético temblor,
con desatado poder,
con tremebundo furor...

—

Y al ver que sus furias locas
en las rocas se deshacen,
—por sus aristas y bocas,—
rugiendo se satisfacen,
¡mientras las rasgan las rocas!

—

Mis penas fuesen así.
Sus furias, al dar en mí,
quebrantaran sus rigores;
como las olas mayores
y más terribles, aquí.

—

Dios Santo: mi voz te invoca.
Termine mi vida loca.
Dame, al fin, dichas serenas.
¡Dame corazón de roca,
donde se estrellen las penas!

¡AY, DE "LA CARMEN"!

Sobre las crestas de grandes olas,
salta la nave, la pobre nave;
rotos los palos del aparejo,
roto el velamen.
Es, ¡ay! *La Carmen;* goleta pobre,
que hará dos meses zarpó de Cádiz,
y que ha dos meses lucha, sin tregua,
sobre las olas, contra los aires;
contra los tiempos, siempre trocados
en temporales...
¡Sálvala, sálvala, Tú, su Patrona!
¡Sálvala, sálvala, Virgen del Carmen!

—

Ya sin gobierno, la nave corre;
la débil nave
que allá en sus tiempos de buena vida,

cien y cien veces,
feliz entonces, llegara á Cádiz.
Muertos de angustia, junto á las bordas,
van amarrados sus tripulantes.
A Dios elevan los turbios ojos;
á Dios que, al cabo, sus vidas salve...
Los palos crujen;
roto en jirones, cruje el velamen.
Claman airados el Mar y el Viento.
¡Bregan y luchan los dos Titanes!
¡Y ay, que en su lucha la nave muere...!
¡Virgen! ¡Mi Virgen! ¡Ay de *La Carmen!*

—

Se hundió de pronto la nave, muerta.
¡La pobre nave!
Bajo las aguas al fin se hundieron
los rotos palos y el gran velamen;
sobre las bordas,
muertos de angustia, los tripulantes.
Las olas crecen... El viento arrecia...
¡Siguen su lucha los dos Titanes...!
Sobre las olas, ni leves rastros
dejó la nave...
¡Pobres marinos! ¡Logren sus almas
la Gloria eterna!
¡Sálvalos, sálvalos, Virgen del Carmen!

LOS CANTOS DE LAS SIRENAS

Gentiles Sirenas me encantan.
Allá, mientras vago, las veo...
¡Cuál surgen, hermosas! ¡Cuál cantan!
A mí no me espantan.
¡Más bien las deseo!

—

¡Cuál cantan, borrando mis penas!
¡Cuál surgen, las lindas Sirenas!
¡Cuán mágicas son sus canciones!
¡Cuán múltiples son sus encantos!
¡Sentid, los mortales! Sentid, á los sones
de tantos
dulcísimos cantos...

—

"¡Venid!", dicen todas. "¡Venid, los mortales!
¡Venid á nosotras, sin duelo!

¡ Dejad en el mundo las penas, los males !
¡ Mirad para el cielo !
¡ Dejad que os perfume la flor del anhelo !
¡ Pensad en victorias,
amores y glorias !
¡ Pensad en los gozos que ofrece la vida !
¡ Gozad de la vida florida !

—

"Las voces no engañan que damos al viento.
¡ Que dicen venturas ! El mundo se engaña.
¡ Se engañan los hombres, que tanto nos temen !
¡ Venid á nosotras, con vivo contento !
¡ Llegad, por la espuma sutil que nos baña !
¡ Si al fin os mentimos, centellas nos quemen !

—

"El mundo nos odia, que es torpe y es vano.
¡ Cuán pérfido el mundo ! Desgracias procura,
y en todo lo humano
su mal, tan intenso, perdura.
¡ Dejad sus ciudades ! Las vuestras, las otras...
¡ Venid á nosotras !
¡ Venid á tan dulces, amigos regazos !
¡ Dejad que os estrechen, al fin, nuestros brazos !

—

"Si el mundo os repite que es dura la vida,
y os habla, sin tregua, de tantos dolores;
quizás porque ignora, quizás porque olvida
que es buena, ¡cuán buena!, la vida vivida
con fe y esperanza, con gozos y amores,
sabed, por nosotras, que miente.
¡Gustad, con nosotras, del mundo risueño...!
¡Y en noches serenas, ó al Sol refulgente,
gozad de la vida feliz del ensueño...!

—

"Sabed que los sueños al fin son verdades.
Pensad en su dicha, que es cierta.
¡Dejad las ciudades!
¡Tornad á la playa desierta...!
Venid á nosotras... ¡Sentid los encantos
del alma que ríe! ¡Sentid nuestros cantos!

—

"¡Sentid embelesos,
que alegren el alma!
¡Que os dejen cautivos; felices, si presos!
¡Probad lo que es calma!
¡Probad todo el grato dulzor de los besos!
¡Pensad en delicias
serenas!...

¡Soñad con gustosas caricias!...
¿Las penas, en hartos mortales, se ensañan?
¡Haced que en vosotros concluyan las penas!...
¡Si engañan los hombres, no engañan,
no engañan jamás las Sirenas!"

....

¡ADIOS, ESPAÑA!

(1885.)

Ayer dejamos, en alegres horas,
á *Liverpool.* El *Mersey* deslumbraba
como un río de fuego. Sol britano,
pero Sol en Abril, sobre sus aguas
tan celestes y quietas, repartía
resplandores ardientes. Noche plácida
nos amparó después... Cuando volvimos
á la vida y al Sol, con la mañana,
miraron ya mis impacientes ojos
las tierras nobles de la noble Irlanda.

—

¡Oh, verde *Erin!* Al cabo te contemplo.
Queenstown, alegre; su admirable rada,
nos dan la bienvenida. Ya comienzan,
con su trajín, la carga y la descarga...

Tristes y pobres emigrantes vienen,
llenando, á cientos, resistentes lanchas...
Y al *Servia* suben, donde voy; el *Servia,*
de la *Línea Cunard.*

—

Laten sus máquinas,
retiemblan encendidas, por que pronto
siga el vapor, sobre la mar, su marcha.
¡ Cuán soberbio vapor ! Con él me alejo
de las tierras de Europa, de mi España.
Esos, que miro, tristes emigrantes,
dejan también el suelo de su patria.
Nos miramos con ojos que se entienden,
porque en todos hay lágrimas y lágrimas.
¡ Ay ! yo también emigro. La fortuna
lo quiere, me lo impone. ¡ Dios me valga !

—

Lejos, lejos, muy lejos, mar allende,
la América triunfante nos aguarda;
la que engendra tan dulces ilusiones,
al calor de tan locas esperanzas.
En Nueva York, al cabo, pisaremos
su firme tierra, de hermosura tanta.
Por la cubierta del vapor, á proa,

los emigrantes fraternizan, charlan.
Breves horas transcurren. Ya de nuevo
va á zarpar el vapor...

—

Rápido zarpa,
y á la luz del crepúsculo que empieza
tornamos á la mar. ¡ Adiós, Irlanda !
¡ Adiós, Europa ! ¡ Adiós ! El *Servia* corre
como una flecha, desgarrando el agua...
Ya el Sol no brilla. Se extinguió su lumbre.
¡ Nos mece bien el mar... ! ¡ Adiós, España !

—

Ya, verde *Erin,* tus costas, en los aires,
se desvanecen.... Mírolas, lejanas,
mientras las borra la sutil penumbra
y á la vez que sus nieblas la distancia.
Ya apenas si columbro, sobre el cielo,
tus distantes, bellísimas montañas.
¡ Adiós, oh verde *Erin!*

—

Las grandes olas,
más cada vez fortísimas y largas,

contra el vapor se estrellan, que al instante,
como corcel que se encabrita, salta.
Va cerrando la noche, dulce noche,
de un amable misterio; noche mágica
por favor de la Luna, que en las olas
con temblores de virgen se retrata;
que cubre el mar, fantástico por ellas,
de chispas leves, misteriosas, blancas.
En la cubierta del vapor, á proa,
los emigrantes su dolor disfrazan
por modos infantiles. En revueltos
y bulliciosos grupos, las espaldas
vuelven al mar y en plácidos solaces
buscan y encuentran diversión.

—

¡ Ah, cuántas
y cuántas penas callarán, Dios mío!
¡ Como yo, como yo, madre del alma,
que allá, tan lejos, por el mar, tan hondo,
siguiéndome estarás...! ¡ En hora infausta
me aparté de tu lado!

—

Mas, ¿qué escucho?
¡ Vibran las notas de campestres gaitas!

A sus rústicos sones, melodiosos,
muchos apuestos emigrantes bailan.
Todos se alegran de improviso, ¡ríen!
¡Sí! ¡Todos á la vez! Pobres ancianas,
débiles viejos, mozos arrogantes,
mozas gentiles, azucenas pálidas;
niños dolientes, de rasgados ojos;
niñas mustias, de tímidas miradas.

—

Todos se alegran á la vez. ¡Oh, sones
de la campestre música, tan grata
como un canto de amor! ¡Rústicos sones
que dan al aire las gozosas gaitas!
¡Sobre la mar y bajo el cielo claro
sonáis como un saludo de la patria
para tanto infeliz! Oh, quién pudiera
sentir, sólo un instante, con el alma
bien atenta á sus notas, los suspiros
de un cantar andaluz...

—

¡Honda nostalgia
se apodera de mí!

—

De pronto, un viejo
de un grupo de emigrantes se adelanta
y al compás de la música ruidosa
con grandes saltos, imprevistos, danza.
Ya todos lo celebran. Todos ríen,
sin cesar, sin cesar; á carcajadas...
¡Y en tanto el buque, sin parar un punto,
los aleja del suelo de su Irlanda!

—

Son las diez. Ya los grupos se deshacen.
Ya no vibran los sones de las gaitas.
Más cada vez, el *Servia,* combatido,
como corcel que se encabrita, salta.
Ya vuelven á brillar, con brillo triste,
y en muchos ojos de emigrantes, lágrimas.
El sueño nos requiere. Ya la Luna
vierte los rayos de su luz muy alta...

—

¡Adiós, canciones del amor! ¡Canciones
puras y bellas de la madre patria!
¡Como ilusiones del amor, tan puras!
¡Como las brisas, al azar, tan vagas!

¡Adiós, Europa, adiós! Mis turbios ojos
ya no te miran. Olas que amenazan
sólo contemplan ya... Padres y hermanos:
¡adiós, adiós, por fin! ¡Adiós, España!

LA SUERTE DEL BERGANTÍN

En tanto un pobre bergantín, sombrío,
batalla contra el mar, que le acomete,
un soberbio vapor, *El Arïete,*
llega y lo alcanza, dueño de su brío.
Pronto lo deja atrás. Su poderío
se impone triunfador, y al mar somete.
¿Qué le importan *mesana* ni *trinquete?*
¡Dispone del vapor á su albedrío!
Y el bergantín lo ve. Por que suspire,
con nuevas ansias, y en su afán demande
más vigor, más empuje. Por que mire,
frente al vapor, que corre tan risueño,
desdeñada, burlada por el grande,
la suerte vil de quien nació pequeño...

ISLAS ERRANTES

(1885)

...Sigue marchando el *Servia*. Busca el puerto,
que al fin verá, de Nueva York. Domina
tarde serena sobre el mar desierto.
Centro siempre de un círculo, camina,
camina el *Servia,* tan feliz. ¡Qué hermoso
círculo, portentoso!
Lo trazan, á la vez, la mar, los cielos,
alrededor del buque; los espacios
que le regalan nítidos palacios:
los de las aves con sus libres vuelos;
la alta mar, hoy sumisa,
bajo el Sol, al halago de la brisa...

—

Buque alguno, que llegue;
que con el *Servia,* tan veloz, navegue,

llego á mirar. A solas,
el gran vapor sobre la mar se eleva;
marchando sin cesar, poniendo á prueba
la rara mansedumbre de las olas.

—

¿Qué brilla por el límpido horizonte?
¿Tierra, quizás? ¿Qué tierra?
¿Surge la cima de lejano monte,
pico gigante de lejana sierra?
¡Quizás! En lontananza,
la inquieta cima avanza...
Viene á nosotros... Surgen, de repente,
por otros puntos, á la vez, mayores
y más inquietas cimas. Prontamente,
las dora el Sol, con vívidos colores.
Son islas, bien extrañas;
son flotantes montañas,
las que el mar nos descubre; las que llegan,
picos alzando sobre el puro cielo.
Son las islas de hielo,
tan hermosas y errantes, que navegan...

—

En parajes del Norte, bien ignotos,
bajo el influjo de perennes fríos,
los hielos, al cuajarse, las cuajaron.

Con los soles de Abril, los hielos rotos
formaron islas. Por abiertos ríos,
hasta la mar anchísima llegaron.
Sobre la mar, después, á los impulsos,
constantes y convulsos,
de constantes corrientes,
vinieron hacia el Sur, apresuradas.
Ora, vedlas. De rayos coronadas,
por los rayos del Sol, resplandecientes,
que se rompen, á modo de cascadas,
al chocar en sus frentes;
al dorar, con los vívidos colores
de sus rayos mejores,
sus picos gigantescos é imponentes.

—

Las islas todas, á la vez, caminan.
Del mar tan quieto, por el Norte, fluyen...
Algunas á nosotros se avecinan.
Otras se alejan de nosotros. Huyen...
Caminan bien veloces. A lo lejos,
bañadas por los límpidos reflejos
del rubio Sol, magníficas esplenden.
Son mágicos fanales,
de mágicos, limpísimos cristales,
que por el mar y para el mar se encienden.

Ya fingen opulentas catedrales,
con altísimas torres; ya palacios
en que sueñen bellísimas huríes,
con muros del color de los topacios,
salpicados de chispas de rubíes;
ya robustos castillos,
en que vivan,—señores de los mares
y las tierras polares,—
fantásticos, espléndidos caudillós;
naves ingentes, naves caprichosas,
del color de las rosas,
en que lindas nereidas, encantadas,
la vida viven de las buenas Hadas;
ya risueñas ciudades,
que animan, de improviso,
las vastas soledades
del Atlántico mar...

—

En densa bruma,
cuando favor invocan
del Sumo Dios, de su clemencia suma,
buques y buques, los que al cabo chocan
en las islas de hielo
males sufren sin cura ni consuelo.
¡Dios nos proteja de tan negros males!

De aquestas misteriosas catedrales,
y de aquestos palacios, que nos buscan;
de los vivos raudales
de sus luces, que ofuscan;
de castillos tan raros,
con diademas de faros;
de sus graves señores;
de los falsos amores
de las lindas nereidas, inconstantes...

—

Declina el Sol. ¡Oh, plácidos instantes!
¡Oh, suma paz del alma!
¡Supremo bien, el de la paz!
En calma,
seguid, islas errantes...

BARCAROLAS

I

LA MAR AMIGA

“Buena mar, Reino del Hada
de tus ondas; mar callada,
bajo la bóveda azul;
que tan serena te extiendes;
que tan vistosa te enciendes,
con tanta risueña luz:

—

”por buena, mi Dios te ampare.
Su luz mejor te depare,
rubia luz de rubio Sol.
Con que goces, con que goce...

Por el mar, no se conoce,
ni en tierra, vida mejor.

—

"En dulces, bellas mañanas,
las barquillas, tan ufanas,
ricen las ondas del mar,
y dando al aire sus velas,
cual menudas carabelas,
no se cansen de volar...

—

"¡Así! Con propicio viento.
Por un mar que ni un momento
rabia muestre, ni inquietud...
¡Siempre así, mi mar, mi amiga;
mientras mi Dios te bendiga,
regalándote su luz!"

II

EL VIENTO AMIGO

"Corre, corre,
viento amigo.
Todo nublo rasgue y borre
cuanto aliento
fuerte y lento
va contigo.
Ven conmigo, cuando zarpe mi barquilla
de las aguas de la orilla;
cuando cruce por las aguas más someras
y apacibles: las costeras;
cuando corra por el mar tan dilatado...
Ven, bondoso; ven conmigo,
tan amable, tan pausado,
viento amigo;
porque vaya sin temores,

bajo el Sol que la enamora,
mi barquilla pescadora:
La Dolores.

—

"Soplo dulce, soplo blando,
vaya hinchando,
bienhechor,
cuanta lona largue al viento
manso y lento,
protector,
el valiente
pescador.
Por tus gracias,
viento amigo, tan clemente,
premio logren sus audacias;
codiciados,
merecidos,
bien ganados.
Peces mil, en red cogidos,
hartas veces
en la red, por torpes, caigan;
muchos, grandes, finos peces,
que provechos mil le traigan.
Por que cante
sin zozobra, sin temor;
por que espante

con canciones su dolor,
este viejo,
fatigado pescador...

—

"Por que vuelva sin temores
á las aguas de la orilla,
cuando el Sol apenas brilla
con sus últimos fulgores,
mi barquilla
pescadora: *La Dolores...*"

III

LA LUZ DEL HOGAR

"Cuando retorno—de mis faenas,
sobre las anchas—ondas serenas,
que en mi barquilla—vienen á dar,
miro en la costa,—como un lucero,
mi luz, la estrella—del marinero:
¡la luz bendita—del buen hogar!

—

"A tus fulgores,—luz encantada,
duerme la abuela,—mi madre amada;
vela mi esposa,—tan noble y fiel;
juegan mis hijos,—mis pobres hijos;
siempre ganosos—de regocijos;
siempre en risueño,—loco tropel.

—

"Mira por todos.—Pródigos bienes,
grata me brinda;—tú que los tienes,
ricos y muchos,—¡oh mar!, ¡mi mar!
Por ellos lance—vivos destellos;
brille tan pura,—¡siempre!, por ellos,
la luz bendita—del buen hogar."

IV

LA ETERNA CANCIÓN

"En la bruma veo,
con loco deseo,
—marinera mía,—tu figura vaga.
Pareces en ella,
pareces,—á veces,
con aire de Maga,
blanquísima estrella...
¡De pronto, la estrella se apaga!

—

"Todo lo que veo
lo finge el deseo,
con sus ansias vivas, con sus ansias locas;
que por ti me miro con más sobresaltos
que el agua que rompen los picos más altos
en rocas y rocas...

—

"¡ Cuándo será el día,
marinera mía,
—si el Señor me ampara,—
que me dé alegría!
¡ Cuánto yo me holgara
de ser agua clara,
serena,
donde se mirara,
con cara de Sol, mi morena... !"

V

LAS GAVIOTAS

"De cuando en cuando,
las gavïotas pasan volando,
lentas y graves...
¡Oh, cuán alegres las libres aves!

—

"Ya van á solas
sobre las grandes olas rizadas.
O ya en bandadas.
Volando siempre sobre las olas...,

—

"Sus blancas plumas
lucen los tonos de las espumas
del mar rugiente
sobre las peñas de la rompiente.

—

"Con grandes vuelos, rayan los cielos
grises ó zarcos.
Van á los cielos, en grandes vuelos,
desde las rocas, desde los barcos...

—

"¡Quién las siguiera, mar adelante,
con sol radiante!
¡Quién, con sus dichas, feliz gozara
cuando las copia la mar tan clara!...

—

"¡Lejos al cabo de costas duras!
¡Sobre las aguas del mar, remotas!
¡Lejos del hombre...! ¡Por las alturas
adonde llegan las gaviotas!..."

VI

"LA ROSA"

"Después de mi madre, mi santa;
después de mi santa mujer, mi Fuensanta,
que tantos amores me da, generosa;
después de mis hijos, prefiero á mi *Rosa*....
La Rosa es mi barca, mi barca velera;
de todas las barcas del mar, la primera;
mi barca ligera,
mi barca garbosa;
mi fiel compañera,
¡mi barca velera!

—

"Si brisas le gustan,
no vientos la asustan.
Es brava y es fuerte.

Nació venturosa
y es digna de suerte.
¡Por sí, por sí misma, se alaba!
¡Qué fuerte, qué brava,
mi *Rosa!*
¡Qué hermosa!

—

"Miradla, surcando
la mar, á mi mando.
Mirad sus hechizos.
¡Mirad, cómo rizan
los aires sus rizos!

—

"Yo tengo por ella,
tan dócil, tan bella,
dos fieles esposas;
las dos bondadosas,
las dos á la par:
en tierra, mi dulce Fuensanta;
¡mi *Rosa,* si salgo á la mar!..."

BAJO LA BRUMA

(1885)

Bruma negra, cuán cerrada,
cubre el vapor donde voy,
de noche, por mar callada.
¡Cuán triste, Señor, estoy!
Para mi hogar, en Europa,
torno yo, torna mi cántico.
Quédase ya, por la popa
del vapor, el gran Atlántico.
Lejos, muy lejos, por tierras
hermosas y americanas;
por sus llanuras y sierras,
las ilusiones, tan vanas,
con que á América partí
quédanse ya... ¡Cuán lucidas,
mis ilusiones, Dios mío!
¡Nieblas mil, embellecidas
por un claro Sol de estío!

¡Cuán fugaces,
bien pronto, mis ilusiones!
¡Tú, mi Suerte, que te places
en mi angustia, las deshaces
en jirones...!

—

El *Saint Laurent,* el vapor,
tan gentil, en que navego,
va marchando con temor;
lentamente, casi ciego...
Por la bruma aprisionado,
bajo la bruma fatal.
Por las aguas del *Canal
de la Mancha,* tan poblado...

—

Por uno, por otro lado,
suenan señal tras señal.
Como apenas se divisan,
los buques, en bruma tal,
si se presienten, se avisan.
¡Ah! Cuán grande,—yo la siento,—
la angustia de buques tantos,
á ciegas y en movimiento.

¿Cuántos seréis? ¿Cuántos, cuántos,
los que en la bruma presiento?
La bruma vil lo sabrá
que, en vez de rasgarse, ya
más se espesa, más se ensancha,
más nos envuelve y acosa;
por el *Canal de la Mancha,*
sobre la mar sigilosa...

—

Suenan los *cuernos marinos,*
plañideros,
con que avisan los *veleros,*
al seguir por sus caminos.
Suena, de repente,—suena
muy lejana,—
la voz de ronca *sirena;*
más cercana
la voz de fuerte campana.
Nuevas campanas, después,
por el aire quieto y blando,
y á través
de la bruma,
van sonando,
con acentos penetrantes.

Todo buque, ya presuma
nuevos buques, no distantes.
Otras *sirenas,* que claman,
que advierten ó que replican,
nuevos peligros proclaman,
riesgos probables indican.
Y el aire, con tantos sones,
insistentes;
de tantas lamentaciones,
de tantos gritos dolientes;
rasgado por el estruendo
de tantas voces unidas;
choques, tal vez, presintiendo,
que cuesten vidas y vidas,
pierde al cabo, conmovido,
su reposo
misterioso;
contágiase del terror
que inspira siempre, temido,
todo mal;
mientras sigue mi vapor
bajo la bruma letal;
mientras sigo, soñador,
por las aguas del *Canal...*

—

Cedan pronto, Cielo Santo,
bruma tal, y tal espanto.
Mira el dolor en que estoy.
Mira mi angustia creciente.
Mira el ansia con que voy
para mi hogar, nuevamente.
Líbrame, por fin, del mar,
de sus brumas, del Azar
que es tirano de mi vida.
Ve que me aguarda en mi hogar
mi madre, que no me olvida.
Logre, al fin, sobre su seno,
tras lucha tanta, descanso.
Tórname, al cabo, sereno,
como en sereno remanso;
ya que he sido
loco, siniestro torrente,
desgarrado, malherido
por tanta negra rompiente.

—

Voces de alarma resuenan,
por el puente...
¡ De nuevo espanto me llenan !
¡ Ampáranos, Dios clemente !
¡ Suenan gritos ! ¡ Cuán violentos !

¡ Vibra un timbre singular !
¡ Los silbatos, sin cesar,
dan al aire sus lamentos !

Bajo la sombra, tan densa,
sobre la mar invisible,
por la bruma tan opaca,
medrosa, fatal, inmensa,
la arboladura terrible
de un *velero* se destaca.
De un *velero,* grande y fuerte,
que no advierte
buque alguno en derredor.
Contra sus palos gigantes,
que se agrandan por instantes,
navega nuestro vapor.

¡ Sálvenos, Dios, Tu poder !
En pocos momentos más
el choque pudiera ser
inevitable, quizás...

Vira el vapor, ágilmente,
bruscamente.
Con bravísima virada...

Cuán prudente,
cuán ligero...
¡ Y allá, por la mar callada,
quédase, al fin, el *velero....!*

—

Vuelven los ánimos. Ya,
tanto susto risa da.
Pero la bruma persiste,
del alto vapor en torno.
Y al camarote retorno,
lentamente, mudo y triste.
....
....

Ya no hay bruma. La mañana,
cuán risueña, cuán lozana,
la ha deshecho.
Marcha el *Saint Laurent,* galano,
por un mar celeste y llano,
con rumbo á Francia, derecho...

¡ ¡ Viva el Sol ! ! ¡ Tú, claro Sol,
que cubres de luz el mar !
¡ Pronto he de verte brillar,
español !
¡ Con mi madre, y en mi hogar !

NUESTRA SEÑORA DEL MAR

Por gracia de la Virgen, hoy diga mis canciones
con puros pensamientos; con puros, leves sones.

—

Por obra de su gracia, que hechiza, que enajena;
que al quieto mar protege, que al torvo mar enfrena.

—

Por Dios, mientras me amparen los brazos de la Cruz,
mis versos gratos suenen; mis versos hayan luz.

En costa firme y clara, mirando para Oriente;
guardado por el monte, del mar azul enfrente,

—

levántase bellísimo, sublime santüario,
que el verde monte guarda cual rico relicario.

—

En él los marineros aprenden á rezar.
Y rezan á la Virgen, Señora de su mar.

Feliz, *Nuestra Señora del Mar,* en él habita.
En templo sobre templo que fué vetusta ermita;

—

buen templo, que respetan los aires y las olas;
que escucha, juntamente, plegarias, *barcarolas;*

—

del mar azul, vecino; del verde monte al lado;
señor del mar, del monte, del terco acantilado;

—

dulcísimo, bonísimo, santísimo señor,
que sólo pide pruebas, dulcísimas, de amor.

¡Oh, blanco, sigiloso, grandioso, firme templo,
que tiene la grandeza de todo buen ejemplo!

—

Gentil, *Nuestra Señora del Mar,* en él esplende.
Dispensa bien sin tasa. Del torpe mal defiende.

—

Lo saben los humildes y buenos pescadores,
que adoran á su Virgen, con místicos amores.

—

Lo saben los sufridos y bravos marineros,
que adoran á su Virgen, tan fieles, los primeros.

—

Lo saben las sufridas, honradas pescadoras,
que esperan con angustia mercedes bienhechoras;

—

que impetran con anhelo, que aguardan sin cesar
los dones de la Virgen, Señora de la Mar.

En estos misteriosos parajes de Bretaña,
son bellas, hermosísimas, la mar y la montaña.

—

La mar, de largas ondas; la noble mar bravía;
la tierra, de hermosura tan noble, Virgen mía...

—

Mas no las dos, tan juntas, bellezas nos ofrecen
que ofusquen por radiantes, aquí, donde aparecen,

—

tan puras, tan hermosas, con tanto resplandor,
las gracias de la Virgen, por gracia del Señor.

Un trono refulgente la Virgen ha, que brilla
con luz deslumbradora, con luz que maravilla.

—

Lindísimos *ex-votos* lo adornan y rodean.
Con luces y con flores, las gentes lo hermosean.

—

Con luces abundantes, en trémulos rosarios,
nubladas por el humo de ricos incensarios.

—

Con flores primorosas cogidas al azar,
en huertos y jardines que miran á la mar.

Hoy, ved. Hacia la Virgen cien hombres se encaminan.
Con luces de sus cirios, sus pasos iluminan;

—

en tanto, decadente, mirando para el monte,
ya el Sol está rozando la mar del horizonte,

—

y en tanto, generoso, con tibias luces baña
la mar, la gran iglesia, y al fondo la montaña...

—

Son rudos pescadores. En horas de tormento,
batidos por las olas, batidos por el viento,

—

vencidos por sus furias, creyeron perecer.
¡ Vencidos por sus furias ! ¡ Luchando, sin poder !

La Virgen, tan piadosa; la Virgen, que es tan buena,
les dió feliz socorro. ¡ Tornó la mar serena!

—

¡ Quebró la fuerza tosca del viento desatado!
¡ Quedó la mar tranquila, y el aire sosegado!

—

Los rudos, los humildes, valientes pescadores,
sintiéronse bien pronto con ánimos mayores;

—

tornaron á su costa, volvieron á su hogar...
¡ Por gracia de la Virgen, Señora de la Mar!

Conmueven hoy sus voces. Rezando van... Caminan,
y en tanto, con sus cirios, los aires iluminan...

—

Parece que en las sombras que cunden,—¡ oh, cuán bellas!—
avanzan, lentamente, brevísimas estrellas...

—

¡ Cuán gratas, cuán hermosas, las dulces oraciones,
rezadas con los ritmos de lánguidas canciones!

—

¡ Las dulces oraciones de tanto pescador!
¡ Los rezos á la Virgen, que dióles su favor!

¡ Oh, Virgen Sacrosanta! ¡ Señora de los mares!
¡ Señora de los cielos! ¡ Por siempre los ampares!

—

¡ Por siempre! ¡ Con sus pobres y frágiles barquillas!
¡ Por siempre los devuelvas á plácidas orillas!

—

¡ Sus ojos á Tus ojos clarísimos eleven!
¡ Tu santo amor proclamen! ¡ Tu pura gracia prueben!

—

¡ Tu amor! ¡ Tu pura gracia, divina, singular!
¡ Oh, Rosa de los Cielos! ¡ Oh, Reina de la Mar!

EL REY GRALÓN

(Leyenda bretona.)

A Ramón Asensio Mas.

En Is reinaba, noblemente,
el noble y viejo Rey Gralón.
Mas ¡ay! que en vano procuraba
dar á su pueblo bien cabal.

—

En Is, ciudad jocunda y bella,
más que su insigne, viejo Rey,
el Mal reinaba; Mal vitando,
con cuerpo y faz de tentación.

—

El torpe Mal, de alegre vida,
que al mal induce, torpe y vil;

que siega flores, que subyuga
con una amable esclavitud.

—

Era la Villa, Villa y Corte,
cual buque anclado dentro el mar.
Diques robustos la guardaban
del mar azul, mas no de Dios.

—

Allí triunfaban los pecados
con un satánico poder;
en una larga y loca orgía,
bajo el influjo de Satán.

—

Musa galante, blanca Musa
de tanta fiesta, bien gentil,
era *Da-Gut,*—¡oh, sus encantos!,—
hija, sin par, del Rey Gralón.

—

Ella los gozos encendía
de tanta loca saturnal;

ella su Corte profanaba,
con un satánico poder.

—

Con mil locuras infernales,
con cuerpo y faz de tentación;
pecado vivo, siempre bello;
flor venenosa, flor en Is.

San Corentino, viejo y noble,
San Guenolé, juicioso Abad,
con vivo celo se afanaron
por su difícil redención.

—

Mas siempre en balde. Sus palabras
nada lograron de *Da-Gut.*
Con que siguieron las orgías,
bajo el influjo de Luzbel.

—

Llegó, por fin, un buen momento.
Dios, indignado, quiso al fin

que tales pérfidas locuras
hubiesen trágico final.

—

Dios, que es la Luz que al fin se impone
con todo el fuego de la Luz;
Dios, que es el Bien, de donde emanan
la Suma Paz, el Sumo Bien.

—

Dios, que permite que la Noche
venza á la Tarde veces mil,
¡veces á miles!, por que luego
brille, triunfal, la luz del Sol.

—

San Guenolé montó á caballo.
Fué difundiendo nueva tal.
Y en vano fué... Siguió la orgía.
Siguió el reinado de *Da-Gut*.

—

Mientras vertiendo largo lloro,
—Rey sin fortuna, triste Rey,—
tales delirios contemplaba,
locura tal, el Rey Gralón.

———

¡Oh, cuál instante! De improviso,
rotos los diques, á la par,
todos saltaron, trizas hechos,
y al punto en Is la mar entró.

—

Era de noche,—noche obscura,
de impenetrable lobreguez,—
cuando en la vil ciudad maldita,
sirviendo á Dios, entró la mar.

—

Entró rugiente, desbordada,
por los dominios de *Da-Gut;*
como sedienta de justicia,
¡como la cólera de Dios!...

—

Poco después, del Mal vitando
cesó la dura esclavitud.
Poco después, bajo las olas,
murió la impúdica ciudad.

—

El Rey Gralón sobre las ancas
puso á *Da-Gut* de su corcel,
cuando las olas imponentes
llegaban ya contra los dos...

—

¡ Oh, la tristísima carrera,
bajo la Noche, Noche vil,
á los rugidos de las olas,
que resonaban sin cesar... !

—

En los espacios, como un trueno,
dijo, de pronto, fuerte voz:
"Para que pueda perdonaros,
Da-Gut sepárese de ti..."

—

Da-Gut rodó sobre las olas,
que la mataron sin piedad.
El Rey Gralón salvó su vida.
La mar, de pronto, se aplacó.

———

¿En dónde el Rey murió, tan bueno?
Quizás aún vive. Dios, tal vez,
con su existencia perpetúa
su tradición y su virtud.

—

Sobre la mar, en claras noches,
vaga una sombra, sin cesar;
sobre las aguas que atacaron
al Rey Gralón en su corcel.

—

En claras noches, misteriosas;
mientras la Luna da su luz;
mientras las ondas, argentadas,
brillan con trémulo placer.

—

Tan vaga sombra, que en la Noche
clama por Is, al són del mar,
es el espíritu doliente
del pobre Rey, del Rey Gralón.

LA ESCUADRA INGLESA

A Mr. A. E. Houghton.

Sobre el fondo, que deslumbra, de la mar resplandeciente,
pasan buques, por distancias oportunas separados.
Pasan, lentos. Pasa y brilla, con las proras á Poniente,
una gran escuadra inglesa, vanidosa, prepotente;
bajo el Sol que da en sus naves, encendiendo sus costados;
si con quince *torpederos,*
á la par con seis *cruceros*—y con seis *acorazados.*

—

Por que paces venturosas hoy perduran
que riquezas y progresos aseguran;
paces largas, con que al odio miserable se destierra
de los reinos de la Tierra,
todos blancos
los inmensos, nobles buques aparecen;

con sus torres, blancas todas, que, si truenan, ensordecen;
albas torres, bien centrales, bien montadas en los flancos,
donde, rudos y terribles, sus cañones se guarecen;
blancos todos, los menudos *torpederos,*
que parecen modelados por Titanes,
en las húmedas cavernas, misteriosas, de sus fraguas;
tan menudos, tan ligeros,
y que al mando y á las voces de sus fuertes capitanes
van, cual flechas, arañando los espejos de las aguas...

—

Todos brillan.—¡Oh, los buques portentosos
que á la brava mar humillan!—
Los pequeños, los colosos...
Todos lucen y deslumbran. Todos brillan...
Resplandecen las banderas
en los mástiles airosos,
obedientes al capricho de las auras pasajeras,
lisonjeras...
Resplandecen los costados,
en los seis *acorazados;*
en los nítidos *cruceros,*
y en los breves, animosos *torpederos;*
las enormes chimeneas, rutilantes,
que la atmósfera conmueven con alientos de gigantes;

los cañones, ¡cuán bruñidos!,
con sus cuerpos de gigantes rematados por sus bocas;
á los rayos de la luz, estremecidos
cual si dieran y saltaran en aristas, sobre rocas...

—

Sólo un punto, cual de modo momentáneo,
pasan nubes, leves, breves, sobre el Sol que las ahuyenta,
con que toma el agua pura del azul Mediterráneo,
tonos grises, los del cielo con barruntos de tormenta.
Pero, pronto, los celajes se disipan, se disuelven;
los destellos que mandara Sol tan vivo pronto vuelven,
y á los buques admirables con sus rayos acribillan,
¡y entre luces de sus luces los envuelven!
Con que todos ya, de nuevo, gozan, triunfan; brillan, ¡brillan...!

—

Oh, la escuadra portentosa,
que desfila, tan ufana,
bajo el Sol, tan complaciente, y á la luz color de rosa
de una límpida mañana.
Tantos buques, tan hermosos, tan audaces,
aseguran
estas paces
tan hermosas, que perduran.
Tantos buques, y otros muchos, sus hermanos, van diciendo,
por los mares,—¡si es preciso, lo repiten al estruendo

de sus múltiples cañones!,—la grandeza
de una patria prodigiosa;
la firmeza
del esfuerzo que resiste,—que persiste,
mientras vence la constancia del esfuerzo que le acosa.

—

¡Salve, salve, tú, mil veces;
tú, mi patria, la segunda, que en el mar te me apareces!
¡Salve, salve, noble tierra,
flor de todas en el orbe, cabe el manto de los cielos!
¡Salve, salve, fuertes hijos de Inglaterra;
como yo, los descendientes de tan ínclitos abuelos;
los marinos valerosos, por britanos...!
Yo os saludo, mis hermanos.

—

¡Oh, admirable Gran Bretaña! Yo divido mis amores,
los que díctame la sangre que me dieran mis mayores,
entre tú, que me seduces,—oh, admirable Gran Bretaña,—
y este suelo donde vivo con mis penas: el de España.
En los ojos de mi madre, tan azules, y tan claros
á pesar de que miraran tantos duelos y reveses,
vi reflejos de tus costas, resplandores de tus faros.
En los ojos de mi madre, dulces ojos escoceses,
—por azules, y por bellos, los que pintan á las Hadas,—
columbré como la sombra de tus brumas encantadas.

¡Ah, mi madre! ¡Y oh, recuerdos! En su rostro, conmovido
por larguísimas angustias, por la luz embellecido,
cuántas veces vi los rasgos de las vírgenes inglesas.
¡Cuántas veces, contemplándome dormido,
me arrulló con sus canciones, con baladas escocesas!
Otras tantas, al influjo de sus voces, y en mis sueños,
tan amables y tan vagos,
vi, de Escocia, los paisajes ribereños,
con la Luna tan risueños,
que se miran y se admiran en las ondas de sus lagos...

—

Salve, salve, Gran Bretaña,
que compartes mis amores con España;
que al amparo de tus dioses tutelares
y por obra, tan insigne, de tus ánimos fecundos,
eres árbitra, señora de los mares;
de los mares de la Tierra, de las tierras de sus mundos...
Que difundes tu ventura,
por tan varios continentes;
como Sol, en magna altura,
que reparte sus destellos providentes.
Por que en todos,—tú transmites hidalguía,
tú que esplendes para todos como el Día,—
mal que apunte, derrotado, bajo sombras, se retuerza.

Por mandato de tu fuerza. Por virtud de tu cultura
que es la fuente, que es la base más segura
de tu imperio, de tu fuerza.

—

¡ Salve, tú ! ¡ Del mar bravío, fiel amada, noble esposa !
¡ Patria noble de que antaño se ufanaran mis abuelos !
¡ Triunfa siempre ! Por altiva, por capaz y generosa !
¡ Rule, Britannia ! ¡ Por la tierra, por el mar... y por los cielos !

LUCES AMIGAS

Los faros son constantes protectores
de cuantos buques por el mar navegan.
¡Fueran así, tan fieles, los amores!

—

Saludan á las naves, cuando llegan.
Despiden, cuando marchan, á las naves.
Si espléndidos refulgen, nunca ciegan.

—

Sólo deslumbran á las torpes aves.
Y á manera de sabios complacientes,
dulces amparan, si parecen graves.

—

Arraigan en bravísimas rompientes,
ó las bocas indican de los puertos,
con sendos soles en las altas frentes.

Por mares muchos, á su luz abiertos,
señalan al cuitado navegante
derrotas buenas, si peligros ciertos.

—

No hay amor como el suyo, tan constante;
como el que á todos, sin cesar, inspira
cuanto buque zarpó, mar adelante...

—

Por eso el buque sin cesar los mira,
los busca, los requiere desde lejos;
los ama, los adora, los admira.

—

Por obra de sus límpidos espejos,
por gracia de sus mágicos fanales,
clarísimos esplenden sus reflejos;

—

reflejos de su luz, que en cien raudales
brotan, brotan, y al cabo se difunden,
traspasando tan nítidos cristales...

—

Serenos brillan, poderosos cunden,
y allá donde sus rayos resplandecen
fuerza, valor, serenidad infunden.

—

Ya se apagan, de pronto; ya aparecen
de pronto con más luz; varios colores
muestran, ó cambian ya; menguan ó crecen

—

con amplios y difusos resplandores,
según los faros son, y así, tan mudos,
dicen más que verbosos oradores.

—

No importa que los tiempos, los ceñudos,
que al mar afligen con tan fuertes males,
—con densas lluvias y con vientos rudos,—

—

conmuevan, en los faros, sus cristales,
mientras desfilan sobre el mar que ruge,
clamando con furor, los vendavales.

—

No importa, no, que á su terrible empuje
cristales tiemblen del fanal, un tanto,
mientras resiste la armadura, y cruje.

—

No les duelen crujido ni quebranto.
Como en las gratas horas, las mejores
del más risueño Abril, llenas de encanto,

—

los faros todos, de su luz señores,
—con firme voluntad,—serenos siguen
hablando con palabras de colores...

—

Quizás las brumas su fulgor mitiguen,
cubriéndolos con fúnebres disfraces;
mas poco, al cabo, pueden ni consiguen.

—

Contra las brumas, densas y tenaces,
la luz se impone siempre, vencedora,
con vivos rayos, en profusos haces.

—

La Noche misma se creyó Señora
veces mil, mil y mil, de tierra y cielos,
y veces tantas la venció la Aurora.

—

Faros hermosos, que aprestáis consuelos,
que brilláis con amor, que dais amparos,
en tantas luchas, en tan largos duelos·

—

faros amigos, portentosos faros;
por tan noble bondad, nobles gigantes;
por ser tan buenos, á la vez tan claros:

—

contra vientos y brumas, tan constantes;
bajo todos los cielos, providentes;
sobre todos los buques, rutilantes;

—

alzad, alzad, las despejadas frentes,
para bien de los nautas atrevidos,
para bien de los náufragos dolientes.

—

Decid, tan arrogantes y encendidos,
—es condición del fuerte la arrogancia,—
velos rasgando, por la luz heridos,

—

cómo vence la luz á la distancia;
cuánto pueden, tan nobles, tan unidas,
la Fe, la Caridad y la Constancia:
¡las mayores virtudes conocidas!

FUEGO Á BORDO

Un gran vapor navega, de Nueva York á Bremen,
con una hermosa noche, con una mar tranquila;
un gran vapor,—un pueblo que flota y que navega,—
con setecientas almas; ¡con setecientas vidas!

—

Todo, al andar del buque, le halaga y le sonríe.
La quieta mar, el cielo tan admirable... ¡todo!
Mas, de repente, suenan, resuenan, fuertes gritos,
que dicen, prolongados: "¡Hay fuego! ¡Fuego á bordo!"

—

¡Qué fuego, tan profundo!—Las hondas calas crujen.—
Con él, ha tiempo, luchan los bravos tripulantes
del gran vapor, su presa; ¡valientes y callados!,
por no espantar, con voces, al tímido *pasaje*.

—

Mas ya, las llamas, pueden aún más que los marinos.
Ya han roto, poderosas, altivas, sus encierros,
y sobre el largo buque se extienden, formidables,
sin que las venzan, nunca, tantísimos esfuerzos...

—

Con ellas confundidos, los tripulantes saltan.
Por ellas aterrados, los pasajeros corren.
Y aquí y allá se escuchan plegarias y blasfemias;
con unas ansias mismas, con unas mismas voces...

—

En busca de socorros, el buque marcha siempre;
por más que ya no valgan, apenas, los socorros...
¡Y allá, lanzando chispas, aléjase terrible!...
¡Con setecientas almas!... ¡Con setecientos locos!...

SOCORROS DEL CIELO

A la merced del tiempo que las salve,
navegan cinco balsas. Bienhechora,
la brisa vuela, con que el mar bien poco
sus ondas mueve. Por los cielos, brillan
con semblantes amigos, sus luceros,
regalando su luz. ¡Ay de las balsas!
Van muy llenas de náufragos... El aire
va diciendo á la Virgen sus plegarias ...

—

Parece, de improviso, que á los hombres,
las estrellas sonríen. Por Oriente
nace un vivo fulgor, no de la aurora.
La Noche reina. Durará. Bien pronto,
los destellos que apuntan se difunden
con vivísima luz. En los espacios,
aún más alegres tiemblan los luceros.
¿Qué es lo que saben? Venturosos ríen.
¿Qué contemplan, qué admiran, á lo lejos?

—

Sobre la nueva claridad, tan pura,
la Virgen se aparece. ¡ Cuán gozosos
los náufragos la admiran y la adoran !
¡ Es la Virgen, oh, Dios ! ¡ La Virgen llega,
sobre nubes de espuma, cuán radiantes !
Un gran vapor, que rasga el horizonte,
como evocado por la misma Virgen,
viene al encuentro de las pobres balsas.
Otro, al punto, blanquísimo, le sigue.

—

Ya concluyeron las angustias locas.
¡ Oh, cuán notable tu favor se mira,
Madre de Dios y Madre de los hombres !
¡ Oh, Virgen Sacrosanta, siempre Virgen,
y oh Virgen de los náufragos dolientes !
¡ Oh, Señora del Mar ! *¡ Maris Stella !*
¡ ¡ La estrella peregrina de los mares ! !
Cielos, mares y tierras te saludan;
y te dicen á un tiempo: *¡ Dios te salve !...*

JUANÓN

A Francisco Toro Luna.

Juanón es un grumete
de quince primaveras.
Juanón es un *mocete*
crecido en las riberas
del mar, junto al pinar.
Juanón es un *trinquete,*
por firme, por derecho,
que medra sin cesar;
un mozo "de provecho",
que vive satisfecho;
que goza como siete,
si vive sobre el mar.

—

Juanón quedó sin padre
de niño, muy de niño.
Después, perdió á su madre,

su solo gran cariño,
y agora, volandero,
sin padres, sin hogar,
no quiere más cariño, por firme y duradero,
que el grande y verdadero
cariño de la mar.

—

Mañana mismo, sale
Juanón en su goleta.
Por linda, por coqueta,
no hay otra que la iguale
si cruza por el mar.
No hay otra más galana,
no hay otra más valiente; no hay otra más ufana
de verse tan preciosa.
Por eso no reposa
si empieza á navegar.

—

Con ella sal del puerto,
Juanón. Con ella sigue
por todo el mar abierto,
que tanto la respeta.
¡Si gana su grumete,
más gana tu goleta...!

Bien vayan á la par,
la nave, tan coqueta,
y el mozo tan ufano
con moza tan inquieta.
¡ Bien vayan, por un llano
camino, sobre el mar... !

—

¡ Adiós, jovial *mocete* !
¡ Salud, feliz grumete !
Los más robustos vientos
te infundan sus alientos.
Te valga tu destreza
si el tiempo, despiadado,
feroz en su grandeza,
te hiciere zozobrar.
Por mansas no te engañen las ondas que te mecen.
No olvides á qué sexo las naves pertenecen.
¡ No tengas que llorar !
¡ No olvides que es coqueta,
por linda, tu goleta !
¡ No olvides que son pérfidas las ondas de la mar !

LA GALERNA

A VITAL AZA.

¡Válganos tu favor!
¡Va á saltar la Galerna!
¡Protégenos, Señor!

El cielo está plomizo.
La mar palpita, loca.
Desgárranse, crujiendo,
las crestas de las olas.

—

¡Válganos tu favor!
¡Va á rugir la Galerna!
¡Defiéndenos, Señor!

Las nubes son densísimas.
Allá, sobre la costa,
palpitan, asustadas,
las crestas de las frondas...

—

¡Válganos tu favor!
¡Ruge ya la Galerna!
¡Protégenos, Señor!

Y al fin la Galerna desata sus iras,
con hórrido estruendo...
Las olas se atacan, saltando.
Las nubes se empujan, huyendo.
Y el aire su impulso redobla
que aterra;
que todo lo parte,
que todo lo rasga, que todo lo dobla,
por mar y por tierra.

¡Qué angustia, qué espanto,
qué horror, Cielo Santo!

—

Parece que el viento,
violento,
que males suscita, sin cuento;
que llega
terrible; que zumba, que clama;
que aturde, que ciega,
que silba, que brama;

que rompe las ondas que crujen,
que grita con voces que rugen,
reparte el aliento
de miles de furias,
que, en fiera
salvaje carrera,
sus iras imponen á fuerza de injurias.

¡Oh, cuadro sombrío!
¡Clemencia, Dios mío!

—

La mar se desgarra, batiendo las rocas.
Sus aguas, tan negras, tan rudas, tan locas,
en tanto sus senos quebrantan
profieren clamores que espantan.
Clamores de angustia, mayores,
ya parten de tierra y al mar estremecen.
Clamores que trémulos nacen;
que en llantos, al fin, se deshacen;
que crecen, y crecen, y crecen...

¡Oh, cuadro siniestro!
¡Clemencia, Dios Santo, Dios nuestro!

—

Las barcas de pesca, perdidas,
del viento batidas,
del mar combatidas,
en vano batallan...
¡Las vencen las furias del aire,
que á modo de truenos estallan!
¿Qué pueden sus pobres pilotos?
De poco les sirve su anhelo.
De poco su brío. De nada su ciencia.
¡Los mástiles rotos
en vano se elevan al Cielo
pidiendo clemencia!

¡Qué angustia, qué espanto,
qué horror, Cielo Santo!

¡Temblad! No os sonroje
temblar,—oh, mortales,—
que veis, en tan breves momentos,
las iras de Dios, celestiales,
trocadas en rápidos vientos.
Si Dios es clemencia,
bondad que subyuga, suprema delicia,

también es á veces violencia
que el mundo provoca, ¡ suprema Justicia!
Bien es que á las veces,—á veces el hombre
maldice Su Nombre,—
proclame que siempre le acatan
los vientos que aterran,
las nubes que rayos encierran,
los truenos que asordan, los rayos que matan.
Bien es que revele, por modo sublime,
su magno poder, infinito,
que bienes ó penas prodiga.
Bien es que pregone que el Dios que redime
también es á veces el Dios que castiga.

—

Por El, en los cielos, sublimes altares,
irradian los rayos, con luz que deslumbra,
la luz de Sus Rayos, eterna.
¡ Por El, á los mares,
se impone también la Galerna... !

LA DANZA DE LAS NEREIDAS

A Federico Romero.

La mar parece quieta laguna.
Brilla la Luna,
sin nube alguna.
La mar esplende. Brilla la playa,
donde el empuje del mar desmaya...
Brilla la Luna, blanca, redonda;
lucen, relucen, aguas y arenas,
limpias, serenas;
dunas tras dunas, onda por onda.

—

Grato silencio todo lo ampara.
Luz deleitosa lo inunda todo.
Noche tranquila, tan bella y clara:
todo lo alegras, de alegre modo...
La luz radiante que dan los cielos
por ti disfruta, por ti se engríe;

sin manchas torpes, sin torpes velos;
por ti, serena, serena ríe...
Con misteriosas risas calladas;
en el espejo del mar, brillante;
por sus espumas, todas rizadas;
sobre la bella costa distante...
La luz del cielo, sin nube alguna;
luz de la blanca, redonda Luna...
Luz de la Luna que en el espacio
que la regala trono y palacio
las dulces tintas del iris toma,
por mar y playa, de peña en peña,
desde que asoma
la blanca Luna su faz risueña.

—

Cánticos oigo. Cánticos leves,
de notas gratas, de notas breves... .
Sobre las aguas del mar tranquilo,
que las ofrecen tan grato asilo,
blancas nereidas surgen, hermosas;
con que parece
que el mar florece,
que el mar se cubre de blancas rosas.

—

Las ninfas danzan.
Locas se lanzan
á grandes vueltas, á grandes giros;
mientras el aire, sereno y blando,
se va rasgando,
—¡ cuán dulcemente !,—con mil suspiros...
¡ Oh, las nereidas ! Todas suspiran
en tanto danzan, en tanto giran...
Entre los rayos
de luz de plata que dan los cielos;
con qué donaire, con qué desmayos;
sin mancha alguna
de torpes velos;
como la Luna
que en tanto sube su luz ensancha;
también sin velos, también sin mancha.

—

Cánticos suenan.
Los aires llenan.
Himnos que encantan, y que enajenan...
Ora las ninfas, á los destellos, puros destellos,
de blancas luces, que ciernen ellos,
tienden al aura blondos cabellos,
finos y bellos.
Ora los torsos, torsos divinos,

de senos blancos, alabastrinos,
con pudoroso rubor sumergen...
¡Y á ras del agua risueñas bullen!
Ya, mientras unas del mar emergen,
otras sus cuerpos en él zambullen.
Allá, muy lejos, en lontananza,
tropel de nuevas ninfas avanza...
Y en tanto miro,
cómo las otras, con tanto giro,
siguen tejiendo su loca danza.
Sus danzas locas...
En los dominios del mar, serenos...
Mientras el agua tiembla en sus senos,
mientras la Luna besa sus bocas...

—

Voz que conmina,
voz con acentos de voz divina,
suena en los aires, intensamente.
La voz tonante del Dios Neptuno...
Dios importuno,
que tanto gozo juzga imprudente;
que sobre el quieto mar se adelanta,
y á las nereidas, al fin, espanta
con su Tridente.

—

Desparecieron las ninfas todas.
La mar parece quieta laguna.
Como alumbrando felices bodas,
de seres mágicos, brilla la Luna.
Neptuno pasa, y allá, en la orilla
del mar tranquilo, desaparece.
La mar reluce. La Luna brilla
como una rosa que maravilla;
rosa de luces, que en luz se mece;
que en luz florece...

—

Los lindos cantos que agora suenan,
cantos que hechizan y que enajenan,
son *barcarolas.*
Junto á la playa,
donde su inmenso poder desmaya,
la mar las dice, con mansas olas...

—

¡Oh, las nereidas, al leve rayo
de luz de Luna, que el cielo envía!
¿Cuál, entre tantas,—¡rosa de Mayo!,—
cuál me amaría?

FRENTE AL MAR

(Málaga. Enero de 1909.)

A Narciso Diaz de Escovar y Arturo Reyes

En tanto el Sol declina,
dice una voz, amable, peregrina:

"No te duelas de tu sombra,
que es lo mejor de lo bueno.
Anda y encuentra, si puedes,
un cielo como tu cielo."

—

Canta un zagal, con voz que me enajena.
¡Cuán firme voz la del gallardo mozo,
bien si dice las ansias de la pena,
bien si pregona la bondad del gozo!
¡Cómo vibran sus dulces inflexiones!
¡Qué galanas canciones!

¡Oh, las coplas, las coplas populares,
en campiñas y mares,
para amores y gozos y pesares!

—

Pasa el zagal, y dice con dulzura,
cantando nuevamente,
mientras el Sol recuesta su hermosura
sobre cumbres gigantes, en Poniente:

"Anda y busca por los cielos.
por toditas sus estrellas,
una mar como la tuya
que bese más sus arenas."

Estoy en *Miramar,* el malagueño,
donde vivo, calmando mis dolores,
una existencia que parece un sueño,
preñado de zozobras y terrores;
un vivir infecundo,
de una grande y estéril amargura,
que á veces, por mi mal, se me figura
un vivir de otro ser, en otro mundo.
¿Con qué voz... con qué voz transmitiría

toda la angustia mía,
tan raigada, tan fiera?
¿Con qué palabras de dolor dijera
mi profunda, mortal melancolía,
mis acerbos dolores;
ora que muere, con su luz, el Día,
besándome con tibios resplandores?

—

¡Oh, *Miramar*, tan bello, tan galano;
donde procuro en vano
todo el bien que me niega mi Destino;
centinela de Málaga, serrano;
por vivir entre flores, tan ufano;
del *Limonar*, precioso, tan vecino!
Miramar, tan hermoso: ¡quién te viera,
bajo el Sol de la rubia Primavera,
con tus casas campestres, tan flamantes,
y al relucir sus límpidos tejados...!
¡Serán como brillantes,
en montes primorosos engarzados!
¡En risueños jardines
que engalanan magnolias y jazmines!

—

Es verdad. No el Invierno que me espanta
desluce tus primores,
por ser, sin duda, tu belleza tanta.
Los almendros, en flor, lucen sus flores
sin temor á los vientos invernales,
y el aire que respiro lleva olores
puros, primaverales...
Sorprende tu hermosura
mientras allá, por tierras de Castilla,
la gran tristeza del Invierno dura,
y el Sol apenas, venturoso, brilla;
mas, ¿qué será tu mágica ventura
del Sol de Abril al rayo?
¿Qué será, cuando muestre su ternura,
para el hombre infeliz, el sol de Mayo?

¡Cuán bello panorama, cuán radiante,
mis ojos ven, sintiendo
que transcurra, sutil, el leve instante!
¡Cuán hermoso, cuán vario, lo sorprendo!
El mar admiro enfrente,
que júntase, por fin, al horizonte;
Málaga, bellamente,
se esparce por un lado; por Oriente,

luce sus frondas el florido monte.
Y á mi espalda también. ¡ Monte risueño !...
¿ Cómo no, si se siente malagueño ?

—

Todo lo baña el Sol, con viva lumbre,
desde el bruñido mar hasta la cumbre.
Todo lo baña el Sol, con resplandores,
por últimos, acaso los mejores,
en tan bella jornada;
con una luz dorada,
que parece tramada
con matices de flores...
Lentamente se extinguen sus reflejos;
tramonta al fin las cumbres de la sierra...
La penumbra me aterra
que va ganando el mar, lejos, muy lejos,
y en torno á mí la tierra.

¡ Oh, cuán solemnes, adorables horas !
Por el mar se avecinan
las barcas pescadoras.
Lentamente caminan.
Marcharon mar adentro...
Las ondas las fascinan...
Un menudo vapor corre á su encuentro.

El mar, azul, ya pierde
su color peregrino.
Va tornándose verde,
gris, muy gris, blanquecino...
Y en tanto, cunde la penumbra vaga,
de color opalino,
que toda luz apaga;
que del mar y la tierra se desprende;
que, sin cesar, levísima se extiende;
mientras brillante, sola,
sobre el puerto se enciende
la clarísima luz de la *Farola*.

—

Muy distantes, apuntan, por instantes,
las costas africanas.
A favor de las sombras. ¡Cuán distantes!
Con la luz que se extingue. ¡Cuán lejanas!
Un peñón... ¿Cuál peñón?... Desdibujado,
el contorno de un gran acantilado...
Siento sones vibrantes, penetrantes,
de campanas cristianas,
muy lejanas también... ¡Oh, cuán vibrantes
las lejanas campanas...!

—

Dulce sopor me postra, lentamente.
Ya el crepúsculo mismo va muriendo.
Vaga, confusamente,
me manda la ciudad su loco estruendo.
Mis párpados se cierran. ¡ Dios clemente,
qué emoción! ¡ Qué dulzura
la del sutil ambiente!
¡ Qué paz, la de los cielos! ¡ Qué hermosura!
Si nada, nada, miro,
¡ con qué placer, Dios Santo,
por tanta paz, respiro... !
¡ No sufro!... ¡ No deliro!
¡ Nadie rompa mi encanto!

Vuelve el zagal. Su voz que me enajena
dice á la Noche, que cundió serena...

"Bendígate Dios, la Noche,
con tanto y tanto lucero;
con estrellas tan preciosas,
¡ que son las flores del Cielo!"

Torno á ver. Encendidos,
por puertas y ventanas y balcones,
los *hoteles* contemplo, tan unidos,
del bello *Limonar*.

Tornan los sones
de las campanas, dulces...
...Juraría
que en tanto que soñaba, si dormía,
cayó sobre los mágicos *hoteles,*
tan guardados por mirtos y laureles,
una lluvia copiosa
de gusanos de luz, color de rosa...

—

Ya la noche domina.
Ya el zagal á su choza se encamina
que con el alba deja.
Ya canta, con amor,—canta y se aleja,—
por distante colina:

"¡ Bendígate Dios, mi novia;
flor galana, luz del Cielo!
¡ Bendígate Dios, camelia!
¡ Bendígate Dios, lucero!"

¡ Dirija Dios tus pasos por el mundo
gentil zagal, y premie tus amores...!

....

¡ Oh, silencio profundo,
que me tornas feliz! ¡ Oh, ruiseñores,
que lo turbáis á veces, melodiosos!
¡ Oh, sueños; oh, reposos

de las horas de paz! Nace la Luna,
magnífica, serena...
Refulge tanta duna.
Brilla la mar. Se llena
todo el monte de luz. Brilla tranquilo...
Monte y mar, halagüeños:
mi vida proteged, en tal asilo.
¡Mis ensueños, volved! ¡Tornad, ensueños...!

SOMBRAS QUE PASAN

Miro á las ondas. Sobre las ondas,
entre sus aguas,
sombras veloces
pasan y pasan...

—

Sombras del humo,
de grandes buques;
del humo leve que forma rizos,
del humo vago que al cielo sube.

—

Sombras muy lindas...
Rápidas sombras,
que dan al aire, que dan al agua,
las gavïotas...

—

Y al fin... ¡cuán bella!,
—¡por fin! ¡Dios Santo!—
la errante sombra
de un *aeroplano*...

—

Pasan y pasan,
entre las aguas,
bajo las ondas,
sombras y sombras...

—

Pasan y pasan... Y el mar se queda,
cuando se borran,
como aguardando;
cual si las sombras
lo acariciaran,
—¡oh mar liviano!;—
cual si las sombras
fueran halagos...

LOS BUQUES DIALOGAN...

...Dialogan entre sí; se comunican
con la tierra también, á gran distancia.
Desde tierra, los hombres les replican.

—

Dialogan y dialogan...
Las nuevas que tuvieren importancia
mar adentro reciben.
Contestan ó interrogan.
Con que gozosos y avisados viven.

—

Con que al cabo se sienten
mejores: más seguros, más tranquilos.
Progresos portentosos lo consienten,
por gracia del telégrafo sin hilos.

—

Y es de admirar, mil veces, mar adentro,
sobre el mar misterioso, tan profundo,
cómo corren los buques, al encuentro
de las noticias que les manda el mundo...

—

Y á las veces, también, cómo se entienden
los buques y los buques, separados
por distancias enormes.
¡ Cuántas nuevas aprenden!
¡ Cuál siguen, más á gusto, más osados,
con tan ciertos informes!

—

Mientras los aires, que tan bien transmiten
nuevas que regocijan, ó que espantan,
asombrados repiten
glorias del hombre, cuando no las cantan...

ENSUEÑOS

Sobre las ondas del mar Pacífico,
sobre las aguas del mar del trópico,
surgen las islas, islas en flor.
¡ Entre las aguas del mar, clarísimas;
sobre las aguas del mar, espléndidas;
bajo la franca risa del Sol!

—

¡ Ah, mis ensueños, dulces y lánguidos!
Lejos del mundo que miro, lúgubre,
¿no se calmara mi loco afán?...
¡ Ah, quién cruzara los aires límpidos!
¡ Quién abordara las islas próvidas,
flores del trópico, flores del mar!

—

¡Ah, mis ensueños! ¡En isla mágica,
mirar los ojos de virgen púdica,
gozar la dicha del buen amor;
gustar perfumes de tiernos árboles;
sentir, amando, la Vida múltiple...!
¡Bajo la franca risa del Sol!...

"LA LIBERTAD ILUMINANDO EL MUNDO"

...Estaba en Nueva York, cuando llegaron
los trozos de la estatua
que la nación francesa, grande y fuerte,
á la ciudad de Nueva York donaba;
los trozos que, reunidos
prontamente, formaran
la estatua, ya famosa,
por manos de Bartholdi modelada.
Un transporte de guerra los condujo
desde la Madre Patria.

—

La gran *Ciudad-Emporio,*
la soberbia ciudad americana,
con muestras mil de gratitud gozosa
pagó el regalo de la noble Francia.

Poco después, sobre las firmes peñas
de un islote del puerto,—*Bedloe Island,*—
la ingente, la magnífica figura
de la sublime Libertad se alzaba;
contemplando, gozosa, la belleza
de la admirable rada,
en la que el ancho *Hudson* y el *East River*
juntan al mar sus abundantes aguas.

—

¡Oh, sublime figura
la de la inmensa, colosal estatua!
¡La figura sublime
de la bendita Libertad humana!
"La Libertad, iluminando el mundo,"
que sus fulgores mágicos aguarda;
por encima de cumbres altaneras,
¡con la luz de su antorcha soberana!
Lanzando luces á los puros cielos;
sobre las densas ondas, encalmadas,
del puerto bienhechor; sobre las torres,
los templos, los palacios y las casas
de ciudades vecinas; por las tierras
fértiles, dilatadas,

que ciñen, sin cesar, á las ciudades,
con frondas del color de la esmeralda...

—

¡ Oh, sublime figura,
la de la inmensa, colosal estatua !
Los ojos torna al mar, que allá, muy lejos,
hasta el gran horizonte se dilata.
A *Brooklyn, Nueva York* y *Jersey City*
vuelve la quieta espalda.
Los buques á sus pies,—¡ oh cuántos buques !,—
alegremente pasan...
Los grandes trasatlánticos, que llegan
de la Europa lejana:
palacios admirables que, en las ondas,
con orgullo de nobles se retratan.
Los vapores pequeños,
de porte alegre, si de humildes trazas,
que estremecen los aires
con recias voces de silbatos, agrias.
Los enormes "veleros",
las goletas audaces. Las barcazas,
en perenne trajín, de muelle á muelle,
por vapores menudos remolcadas...
Y en tanto, venturosa,
la colosal imagen se levanta;

los claros ojos en los aires fija,
la fuerte diestra por los aires alza,
y en la diestra gentil la viva antorcha
con que su luz la Libertad regala.

—

Cuando la Noche llega
la antorcha brilla. Las tinieblas rasga.
Vence la Luz: la Libertad, y al punto
se disipan las sombras derrotadas.
Brilla la luz de la gentil antorcha,
difundiendo las ráfagas
de su infinita claridad... Refulge
hasta que vuelve la feliz Mañana,
y entonces, sólo entonces,
se extingue al fin su claridad... preclara.

—

Mientras Dios lo consiente,
brillan los rayos de la Luz Humana.
Cuando el Sol, celestial, brilla de nuevo,
la Luz del Hombre, terrenal, se apaga...

LOS PALACIOS FLOTANTES

Magnos buques, nuevos Reyes,
graves, y altivos, y osados,
que á los mares dilatados
imponen modernas leyes;

—

sobre el vasto mar, inmenso,
que mal soporta sus cargas;
bajo las ondas, tan largas,
del humo propio, tan denso;

—

como villas, cuán errantes;
á sus impulsos, cuán fieles;
tal como regios *hoteles*,
como palacios flotantes,

—

marchan los grandes vapores,
nuevas obras de la Ciencia;
felices con su existencia,
por bravos y corredores...

—

Son de ver, en alta mar,
su marcha, tan imponente;
su gallardo continente
de belleza singular...

—

Son de ver, en su interior,
tanto lujo y hermosura.
La naval arquitectura
nada concibe mejor.

—

¡Cuán brillantes, los salones;
por el oro, por la plata!
—Música grata, cuán grata,
los alegra con sus sones.—

—

Salones que son jardines;
donde en vez de varias aves
cantan, con notas süaves,
violoncellos y violines...

—

Breve lo habéis al gustar
de los libros el provecho
Con alto, lujoso techo,
para el gusto del yantar.

—

Magnífico, portentoso,
lleno de plantas y flores,
para pláticas de amores
ó para el dulce reposo.

—

Reparten bien sus espacios,
si bien los muestran y adornan,
esos, que van y retornan,
deslumbradores palacios;

—

esos, que cruzan el mar,
buques de alegre vivir;
tan complacidos al ir,
tan gozosos al tornar;

—

dejando, ya, por la popa,
dominios americanos,
ó ya los montes, lejanos,
que allá se quedan, de Europa;

—

venciendo á mares tan fuertes,
llevando tantas noticias,
regalando sus delicias
de tantas amables suertes;

—

bien al Sol; bien alumbrados
por sus máquinas de noche,
con luz que en largo derroche
regalan por sus costados...

—

¡Buques felices, cruzad
ondas tras ondas, risueños!...
¡Como nieblas, como sueños,
sobre los mares volad...!

—

¡Bien vayan, su bien aumenten,
con tanto gozo radiantes,
sobre palacios flotantes,
cuantos viajeros lo intenten!

—

¡Quien logre, cierta, cumplida,
por el mundo, su fortuna,
disfrute sin tasa alguna
de los goces de la Vida...!

—

Con que á los tristes contad,
felicísimos vapores,
que si angustias y dolores
y añoranzas son verdad,

—

también lo son, en los días
del triunfo,—¡ bellas verdades !,—
amores, felicidades,
y esperanzas y alegrías...

—

Que nada templa el sufrir
como el poder vislumbrar,
en risueño porvenir,
la luz que puede surgir,
el bien que puede llegar...

LA MAR BRAVA

”A la que rompe, trémula, y desgarra
en los tajos y picos de las rocas
sus aguas densas, con tremendos golpes;
á la que estrella sus furores ciegos
en el muro del recio acantilado;
á la que mueve la espantosa guerra
de las olas sin fin, que se acometen
con frenético empuje, sacudidas
y levantadas por el viento loco;
á la que rasga sus hinchados senos
con explosiones de hervorosa espuma;
á la mar iracunda y poderosa,
á la que brama, á la que ruge, canto.

—

”Ella suscita en mí, con noble influjo,
grandes anhelos y entusiasmos. Ella
me conmueve, me asombra, me fascina,
Porque es fuerza en acción, es hermosura

en plenitud, es ira desbordada,
es intensa expresión de vida intensa,
y con sus voces trágicas parece
que lanza al Cielo el grito pavoroso,
la queja horrible del dolor humano.

—

"Mar bravía, que clamas y que ruges
como en alta y magnífica protesta
de tu largo y monótono destino:
cuánto pudieran aprender, los hombres
que padecen, de ti; los que se inclinan
mudos y resignados bajo el peso
de la desgracia injusta; los que aceptan
la pena inmerecida, como esclavos
que ante el látigo vil, que los azota
sin piedad ni razón, tienden la espalda;
los que debieran, contra el Mal,—Tirano
que presume de Dios y que á los hombres
empobrece y deshonra, y acobarda,—
la frente levantar, y alzar la diestra
con rápido furor, y en ella un rayo,
¡y matar ó morir!, ¡y en cambio cruzan
las manos torpes, y cobardes ruegan,
y lloran, y suspiran!

—

"¡ Ah, terrible,
soberbia y brava mar, que te retuerces
con espasmos de cólera; que luchas,
destrozas y aniquilas! ¡ Ah, sublime,
soberbia y brava mar!

—

"Contra tu furia,
¿valen, acaso, ni el poder ni el oro
que al hombre, por el hombre pervertido,
vencen y humillan? No. Dardos de fuego
te lanza el Sol y en tus revueltas aguas
tú los quiebras, y al punto los conviertes
en chispas mil y mil. O bien la Luna,
blanca y redonda, cual broquel de plata
repujada y bruñida, resplandece
sobre el profundo azul de los espacios,
en medio de las nubes desgarradas
por el tremendo vendaval, y brilla
con pacífica luz, y á ti desciende
su blanda claridad, cual si quisiera
amansar tu furor... ¡ Y tú prosigues
tu lucha con el viento, más furiosa
más recia cada vez!

—

”Tierras malditas
contigo parten el total dominio
de este mundo infeliz, ¡oh mar inmensa!;
de este mundo infeliz, en el que vive
la Humanidad que sufre, condenada
á un eterno dolor.
”¡Ah, si algún día,
—no en un remoto porvenir, en estos
siglos de horror para el linaje humano,—
tu fuerza y tu furor se dilataran,
á la luz de las lívidas centellas
y al insistente retemblar del trueno,
y asaltaras las costas, y en los valles
más hondos te volcaras, y á las cumbres
más altivas subieras, sepultando
campos y pueblos, razas y naciones!

—

”¡Ah, Justicia y Piedad á un tiempo mismo!
”Terminaran así, con grande estrago,
la insolencia del vano y poderoso
y los martirios trágicos del paria.

—

”Y acabado el horrendo cataclismo,
cubrirías, ¡oh mar!, con mansas ondas

el globo entero... Y en medrosa noche,
los tristes rayos de menguante Luna
sobre el espejo de tus quietas aguas
siniestros brillarían, como un trémulo
epitafio de luz, sobre la tumba
de la anegada y maldecida Tierra!"

Tal dije, sobre peñas levantado;
sobre las peñas de la costa firme,
donde clamaban, al romper, las olas,
mientras mis torpes manos sostenían
un libro que adorara por entonces:
el libro de los *Cantos* de Leopardi.
El inspiró, como siniestra Musa,
tanta desolación, iras tan locas,
en mis ánimos tristes, conturbados
por la lucha, sin tregua, de la Vida.

—

Y entonces fué que con tremendos golpes,
con zarpazos terribles, con sus olas
trémulas de furor, de entre mis manos
quitó la mar el libro... Y á su fondo
voraz lo arrebató... Y entre sus aguas
lo sepultó, por fin.

Con él se fueron,
¡para siempre se fueron!,—tal disipa
viento veloz las sombras de las nubes,—
el odio vil y la insaciable angustia
que de mí se adueñaran; las ideas,
lúgubres, insistentes, miserables,
que en mí dejó...
¡Bien yaces, en el fondo
de la mar, indignada y justiciera,
libro vitando, pavoroso engendro
del propio Lucifer!
Perverso libro,
—fruto fatal de un árbol que anunciara
tan dulces frutos con tan bellas flores;—
fuente de perversión: ¡maldito seas!

LA ROTA DE TRAFALGAR

A Francisco de Iracheta

I

Con signo fatal zarparon
de Cádiz, en són de guerra,
tantas españolas naves
y tantas naves francesas;
grandes y apuestos navíos,
grandes fragatas apuestas,
esforzados bergantines
de temerosa presencia,
que, bien unidos, surcaron
las ondas del mar inquietas,
bajo luces, las del cielo,
más que tranquilas risueñas.
Fué de ver tan viva Armada,
para el combate dispuesta;
con tanto buque luciente,

con tanta noble belleza;
con un tan recio aparato
de blancas y enormes velas,
en los bosques ponderosos
de sus mástiles y vergas;
con muchos negros cañones,
en muchas hondas troneras.

—

Allá, con tantos navíos,
el *Trinidad,* nave regia,
que hicieron tan sabiamente
de americanas maderas;
el *San Juan Nepomuceno,*
y el *Rayo,* mala centella;
el buen *Príncipe de Asturias,*
de condición tan egregia,
y el *Neptuno* y el *Monarca*
y el *Asís,* tres ciudadelas
flotantes, bien orgullosas
de sus hispanas banderas,
y el *Agustín,* el *Santa Ana.*
y el *Montañés,* con defensas
bastantes, si bien precisas
con arte feliz dispuestas.

—

Allá, franceses y altivos,
con imperiales enseñas,
el *Bucentauro,* la nave
capitana, que luciera
la insignia del desdichado
Villeneuve, en hora adversa.
Y el *Fogoso,* y el *Temible,*
temibles en sus violencias;
y el *Aguila,* que del águila
tuvo las garras apenas;
y el *Indomable,* que al cabo
sintió domadas sus fuerzas;
con *Aquiles,* satisfecho
de que nombre tal le dieran;
con *Plutón,* menos dichoso
por el mar que en sus cavernas...

En tanto las altas lonas
hinchábanse placenteras;
en tanto pitos agudos
y graves campanas recias
resonaban, disponiendo
de las gentes marineras,
las fuertes naves marchaban

por mar propicia, sin tregua;
con un sosegado cielo,
sin leves brumas siquiera;
con una brisa gozosa
que, por mostrarse tan buena,
tan amable, bien fué digna
de llevar felices nuevas
á las ciudades hispanas,
impacientes por haberlas.
No lo quiso la Fortuna.
Respetemos sus sentencias.

—

Con la tarde, breves nubes,
contrarias, si no siniestras,
parecieron por el campo
de la atmósfera serena.
Llegó la noche, muy luego,
no perturbada por ellas.
Mantuvo sus aires blandos,
y en las celestes esferas
brillaron, para los buques,
sin neblinas, las estrellas...

—

Fué la siguiente jornada
tan feliz cual la primera.
Pusieron las naves todas,
por su marcha tan diversas,
rumbo al Sur, sin que las aguas
abandonasen costeras.
Cuando retornó la Aurora,
por gracia del Sol espléndida,
vióse ya, por barlovento,
como si al cabo surgiera
de la mar, que al fin venía,
contra el Sol, la escuadra inglesa.
Con muchos otros navíos,
con muchas tendidas velas,
con otros muchos cañones
en otras muchas troneras.

Sonaron por los alcázares,
sobre las altas cubiertas
de las naves relucientes,
españolas y francesas,
voces muchas de contento,
de coraje, de impaciencia...
Cañones y carronadas
dispusieron, con presteza,

14

sus rayos mil; de los puentes
largas miradas intensas
partieron, cual otros rayos
que viesen y descubrieran...
Viraron todas las naves,
cuáles prontas, cuáles lentas,
hacia el Norte; con que pronto
quedó su línea deshecha;
por ser larga, con exceso;
quizás por hartas torpezas
de las naves, poco vivas;
de sus gentes, poco diestras.

—

Ya el Sol ganaba la cumbre
del cenit, sin él desierta.
¡ Se acercaron las escuadras
enemigas... ! Tal se acercan,
para luchar en los cielos,
nubes cárdenas, adversas.
Pronto se hallaron á tiro;
fuertes, altivas, coléricas...
¡ Sonó el primer cañonazo,
como un rugido de fiera !
¡ Con que empezó, fragorosa,
la gran batalla tremenda !

II

Como fuego que prendiesen
chispas cien mil, rutilantes,
la batalla, de improviso,
rugió por diversas partes...
¡ Brilló ! ¡ Con fúlgidos rayos !
¡ Cual si brillaran, en haces,
clarísimos resplandores
de los Infiernos del Dante !

—

Pronto las ondas del humo
llenaron los quietos aires,
asfixiando, pavorosas,
á los hombres y á las naves.
Bien pronto los estampidos,
tan duros, tan formidables,
de los cañones, dijeron
todo el furor del combate.
Rápidamente, con ellos ;
pronto, bien pronto, sumáronse,
voces de mando, rotundas ;

imprecaciones, ultrajes;
de las campanas, las notas;
de los heridos, los ayes...
En un siniestro conjunto
de clamores discordantes;
de largas detonaciones,
por sus ecos perdurables;
mientras, en largos arroyos,
brillaba, doquier, la sangre.

¡Cuáles furias, desatadas,
en tal funesto paraje;
de buque á buque, saltando;
desde los altos alcázares;
desde tantas baterías,
contrapuestas; semejantes,
por sus llamas tremebundas,
á tremebundos volcanes!

—

Ya los buques parecían,
—centros de bélicas artes,—
castillos arrebatados
por el mar en sus embates,

de cimientos bien rocosos,
de las rocas de sus márgenes,
por que dejaran las tierras
y defendiesen los mares.
Ya, separando las ondas
del humo denso, tan grandes,
enormísimos, bravísimos
y coléricos Titanes...
Ya, por fin, los mismos buques,
agrandados por instantes;
adquiriendo, descubriendo
proporciones colosales;
cual si las bordas, tan fuertes,
de súbito se ensanchasen;
cual si crecieran, de pronto,
desmesurados, los mástiles...

Miró *Villeneuve,* aprisa,
desbaratados sus planes;
comprometidos sus buques,
en fieras luchas parciales;
sufrió con la torpe falta
de *Dumanois,* tan cobarde;
sintió contrarios los vientos,
por ser contrarios, fatales;

comprendió, con loca angustia,
cuál los torpes tripulantes
de sus barcos se entregaban,
por torpes, á los azares
de la Suerte; vió deshechas
por el Inglés las falanges
de su escuadra, desvalida
del alto poder de Marte;
con ser las unas tan fuertes
si las otras tan audaces,
y el mismo Dolor, tan vivo,
tan agudo, tan constante,
le privó, traidoramente,
de sus últimos arranques...

—

Y entonces rindió su enseña,
la del corso Bonaparte;
bien á pesar de sus águilas
orgullosas é imperiales.
Así la Tarde que expira
renuncia á vanos alardes,
cuando la Noche que llega,
por que sus luces acaben,
apaga con sombras tristes
luces turbias, ya fugaces.

Estampidos de mil truenos,
que mezclados resonasen;
claridades imponentes,
pavorosas claridades
de rayos mil, anunciando
nuevos, mayores desastres,
en hora tal conmovieron,
con nuevas furias, el aire;
por que se vieran mayores
y más apretados trances;
por que viesen más angustias
las dos Armadas rivales.

—

El *Aquiles* (desgarrado
por los fortísimos gases
de tremendas explosiones),
tal como roto gigante,
voló, de pronto; con tanta
rapidez, con fuerzas tales,
cual si alumbrara, por obra
de Satanás, tempestades;
cual si llevando consigo
larga copia de huracanes,
los libertara, de pronto,
¡desde la boca de un cráter!...

———

En tanto, contra seis buques,
por ser ingleses tenaces,
el *San Juan Nepomuceno*
luchaba... ¡Doliente imagen
de insigne valor!... ¡Testigo
del gran valor indomable
de Churruca! ¡Gran ejemplo
para futuras edades!
¡Largas historias lo muestren!
¡Vates insignes lo ensalcen!

—

Débil, postrado, muy luego
por sus heridas exangüe,
marino tal,—¡oh, Churruca!—
no desmintió su linaje
ni un momento; con que al cabo
ganó las palmas del mártir.
Mientras sintió sus alientos,
para valerle capaces,
ni cerró sus claros ojos,
ni rindió su noble nave...

—

En vano el triste navío,
ya sin gobierno, quebrábase;
muertos y muertos llenaban
rojas cubiertas en balde,
y en vano sólo el trinquete
vivo mostraba su mástil,
bajo las alas partidas
de su rasgado velamen.
¡Nada sufro! ¡Siga el fuego!
¡Nadie ceda! ¡Nadie! ¡Nadie!
dijo en tanto, ya sin vista,
sin fuerzas, ¡agonizante!,
Churruca... Las ansias puso
de sus postreros afanes,
en su dulce compañera;
—¡fué convertirlas á un ángel;—
¡y en su patria!, ¡tan doliente,
tan hermosa, no distante...!
¡Y en Dios! ¡Y rindióse muerto!
¡Sin desmentir su linaje!
¡Sin que cerrara sus ojos!
¡Sin que rindiera su nave!

Donde lucharon,—poniendo
las almas en los semblantes,—

gentes del mar españolas,
marineros y oficiales,
—¡ valerosos los grumetes
si bravos los Almirantes !,—
pudieron mirar los cielos
grandes escenas iguales;
bajo los mismos gloriosos
pabellones y estandartes.

—

Todo en vano. La Victoria,
como la Suerte, mudable,
rindió su laurel á *Nelson;*
mas, ¡ ay ! que no sin cobrarle,
con alto precio: ¡ su vida !,
fortuna tan admirable.
Como hogueras, como antorchas
con chispas mil por remate,
buques vencidos ardían,
temblorosos de coraje;
por tanta luz deslumbrados;
no guardados, ya, por alguien...
Gravina, con varios otros,
pudo escapar hacia Cádiz.
Alcedo murió, con honra.

Rindióse también, exánime,
Galïano... ¡ Cielos puros,
hoy les otorguen, amables,
pues en guerras padecieron,
las venturas de sus paces !

—

Y al cabo, también sangrienta,
murió, temblando, la Tarde;
viendo, con trágicos ojos,
entre llamas, sobre sangre,
¡ renovados !, ¡ por influjos
de potencias infernales !,
¡ todos los vivos horrores
de los Infiernos del Dante !

———

III

Bien lo dijo vate insigne.
No dispensa sus favores
la Suerte, con mano fácil,
á los héroes y naciones.
Bien lo aprendieron, sin duda,
mirando tales horrores,
tantos heroicos marinos,
bizarros por españoles.
Bien, los marinos franceses,
bizarros también y nobles,
aunque pecaran por ciegos,
aunque muriesen por torpes.

—

Indignada, por que viera
tantas maldades entonces,
pues cambian las iras locas
en tigres á muchos hombres,
la mar agitó sus senos,
con densas olas enormes;
con que las cuitas de todos
fueron, por ellas, mayores.

El viento rugió, de espanto,
con altas, rabiosas voces,
y en tal punto por los cielos
llegó sobre el mar la Noche ...

Flotaban entre las olas,
maltrechos por los furores
del combate, los despojos
y los restos, multiformes,
de muchos buques: pedazos
de muchos recios balcones,
lanchas rotas, masteleros,
trozos de palos, feroces,
—pues batidos por las olas
desgarrábanlas á golpes,—
portas, escotillas... Mientras,
aún clamaban los cañones
de algunos tercos navíos:
¡como bravos, los mejores!
Otros, ya lejos, pasaban
destrozados y á remolque,
sin que la bruma y el humo
dejaran saber sus nombres...

Otros las sombras hendían
como fantasmas insomnes,
vagando al azar, perdidos
en las olas y en la Noche...

—

¡Ah, la Noche temerosa,
cuán preñada de terrores,
que escuchó desde los aires
tantas fieras maldiciones!
¡Ah, sus iras desatadas!
¡Ah, sus vientos, cuán veloces!
¡Ah, cuán turbios y tupidos
y enlutados sus crespones!
¡Ah, sus acentos, en ráfagas
de sollozos y clamores!

———

¡Ay de las víctimas tristes!
¡Por víctimas, todas pobres!
¡Ay de Churruca y Alcedo,
tan altos y fuertes robles,
por furias ciegas heridos,
por sendos rayos traidores!

¡Ay, de *Nelson*! No las brumas
espesísimas de Londres,
desgarradas por las luces
de sus barcos vencedores,
le vieron, de mil laureles
cercada la frente noble;
marcial, apuesto, bizarro;
¡por gracia del Triunfo, joven!
¡Cuántos, en tan breves horas,
amarguísimos dolores!
¡Y ay de todos los que hubieron
en tantas rudas acciones,
en tal batalla tremenda,
pasmo bien pronto del orbe,
el fin solemne, sublime,
que á los bravos corresponde!
¡En la Gloria, donde vivan,
perdure su gran renombre!

—

No perduren, mientras tanto,
los odios y los rencores
que tantos males engendran
para pueblos y naciones;
pardas nubes, tormentosas,
que en rayos tan vivos rompen.

Nos den al cabo, los Cielos
sus más piadosos favores;
con que la aurora más bella
rasgue al fin el horizonte;
con que luzca, al fin, en nubes
de refulgentes colores,
como Diosa que reparta
desde los Cielos sus dones,
la Eterna Paz; por que vivan
los pueblos todos acordes.

—

¡Las guerras, para los tigres,
que con guerras se destrocen!
¡La Paz, tan dulce, tan pura,
tan buena, para los hombres!

¿QUIÉN VA?

La Luna llena de su luz se engríe.
La quieta mar sonríe...
Me llaman. ¿Desde tierra? ¿Desde el mar?
¿Quién me puede llamar?
Estoy, á solas, en feliz retiro.
¿Quién me puede llamar? ¡A nadie miro!
Ni en la playa segura, ni en el mar.

—

En silencio profundo
yace la mar, por la tranquila rada;
duerme la tierra, bien asosegada;
duerme, feliz, el mundo.
Siento apenas levísimo rumor.
El del agua serena
que va puliendo la menuda arena
de la playa feliz, con tanto amor...

—

¡Me llaman otra vez! Dios soberano,
¿quién será?, ¿quién será?
Miro de nuevo, pero siempre en vano.
¿Quién va? ¿Quién es? ¿Quién va?

—

De pronto, por los rayos de la Luna,
bajan y suben sombras inquietantes.
Animas son, que gimen sin fortuna...
Bajan, suben; aumentan, por instantes.
Animas son de náufragos, ¡errantes...!
Tristes ánimas son.
Unas dicen tristísimos dolores,
otras buscan amores,
otras piden perdón...

—

¡Me llaman otra vez! Dios poderoso,
¿quién será?, ¿quién será?
¿Quién turba mi reposo?
¿Quién va? ¿Quién es? ¿Quién va?

—

Siendo joven, muy joven, casi niño,
cierta beldad me amó.
Poco gusté de tan feliz cariño.
Poco después el mar me lo robó.

—

Tan hermosa doncella,
purísima si bella,
víctima fué del mar.
En alta mar murió. Perdí, con ella,
cuanto pude soñar.

—

Por los rayos tranquilos de la Luna,
nuevas sombras discurren inquietantes...
Animas son, que gimen sin fortuna.
Bajan, suben; aumentan por instantes,
y acrecen mi dolor.
Unas piden clemencia;
clemencia, por piedad. En mi presencia,
piden otras amor...

—

¿Cuál me llama, Dios Santo?
¿Cuál será? ¿Cuál será?
¿Cuál me transmite su dolor, su espanto?
¿Sueño tal vez? ¿Quién va?

COMO LA CULPA, LA PENA

I

PECES AL SOL

Mientras el aire de la mar respiro,
bajo las ondas, puras, transparentes,
y á los rayos del Sol, en cien torrentes,
peces mil, mil y mil, miro y admiro.
Llegan y tornan, en constante giro,
cual si brotaran de vecinas fuentes.
¡ Cuán bellos á la vez, cuán diferentes,
y cuán gozosos en su mar, los miro !
Mas, ¿qué ocurre? Ya escapan, asustados;
como chispas huyendo de la fragua,
por leves, por brillantes, por dorados.
¡ No es mucho, no, que la visión se borre... !
Un ligero delfín, rasgando el agua,
contra los peces, que lo vieran, corre.

II

JUNTA DISUELTA

Por claros senos de la mar, profundos,
recios delfines de improviso llegan.
Saltan, se encogen, se retuercen, juegan;
pasan, tornan, y giran, errabundos.
En claros senos de la mar, fecundos,
sosiéganse, por fin, y se congregan.
Y en charla simple, de la luz reniegan,
como del bien los hombres en sus mundos.
Mas, ¿qué miro? Ya escapa, ¡cómo escapa!,
la turba revoltosa, tan altiva,
tan maldiciente de la luz, tan guapa.
¡Ya escapa con terror! ¡¡Quién la detiene!!
¡Un *submarino,* como flecha viva,
contra el paraje que ocupara viene!

EL CANTO DE LOS PESCADORES

(Imitación de Augusto Brizeux.)

En una barca pescadora
van tres ancianos marineros,
los tres cantando para sí.
Cantan así los pescadores,
con un anciano sonsonete...
Cantan así:

—

"¡Ah, qué hermosura, navegar!
Con cielo claro, vale el Mar
por lo que vale la Montaña.
Aunque descargue la tormenta,
gran esperanza nos alienta,
porque Jesús nos acompaña

—

Jesús camina sobre el mar.
Ve, mi barquilla... Marcha en paz.

"Santos insignes, pescadores;
del hondo mar con los furores,
ó en el misterio de sus calmas:
¡oh, vuestras pescas portentosas!
En vuestras redes, milagrosas,
también entraron muchas almas...

—

Sobre las ondas marcha Dios.
Ve, mi barquilla, sin temor.

"Ellos le vieron avanzar
hacia sus playas, sobre el mar,
como un celaje puro y vago.
Mostraron todos su alegría.
San Pedro, en tanto, repetía:
"¡Sálvame, oh Dios! Ve que naufrago."

—

Jesús camina sobre el mar.
Ve, mi barquilla... Marcha en paz.

"Pedro Simón: en tu barquilla
habló Jesús hacia la orilla,
para la turba, tan piadosa.
Después las redes se rompieron
de tanto pez como trajeron.
¡Oh, larga pesca, milagrosa!

—

Sobre las ondas marcha Dios.
Ve, mi barquilla, sin temor.

"Sobre tu barca bien dormía,
bajo la luz de un turbio día.
Tormenta dura te espantó.
Jesús alzóse con tu espanto.
Le dijo al mar: "¡No rujas tanto!"
¡Y el fiero mar enmudeció!

—

Jesús camina sobre el mar.
Ve, mi barquilla... Marcha en paz.

"El bravo y noble pescador
que en su barquilla ve al Señor
ya logra siempre bien y medro.
Sin viento alguno que la espante,
siempre feliz, siempre adelante,
va la barquilla de San Pedro.

—

Sobre las ondas marcha Dios.
Ve, mi barquilla, sin temor.

"Oh, buen Jesús; oh, buen amigo
del pescador: ven, ven conmigo,
sobre mi barca, sobre el mar.
Ven, con Tu diestra en el timón,
y da á mi red Tu bendición...
¡ Por ella viven en mi hogar!

—

Ve, mi barquilla, sin temor,
porque es Jesús quien va al timón."

ADIOS AL MAR

Con Dios te queda, noble mar. Me alejo
de tus costas amigas, nuevamente.
Marcharé, con el último reflejo
del magno Sol. También hacia Poniente.
Con Dios te queda, noble mar. Un día,
requerí, de tu amor, luz y alegría;
paz, en hartos pesares;
alivio de mis lágrimas... á mares.
Cumplidas me las diste.
Siéntome ya más fuerte.
¡Ya no suspiro, desvelado y triste!
¡Ya no pienso en la Muerte!

—

Ya, por ti, recobré vigor y aliento.
No sufro más, ni lloro.
Bienes disfruto de tu gran tesoro:
salud y fuerza, decisión, contento.

—

Gracias, oh, mar; oh, mar de mis amores.
Ya, por ti, no me acaban los rigores
de mis largos dolores.
Ya, por ti, la esperanza redentora
de nuevo en mí florece...
Ya, por ti, bien parece
que mis penas terminan... Grata aurora
me da su luz, que sonrosada crece.
Para el alma que implora
luz, amor y consuelos, ya amanece.

—

¡ Gracias, oh mar! ¡ Perdure
tanto bien, que me anime!
Con su bien, asegure
la Fe que me redime.
Por que el alma feliz, ya redimida
de tanto afán, de tan amargo duelo,
resurja á nueva, deleitosa vida.
Pensando en Dios la anhelo.
¡ Con Fe! ¡ Con viva Fe! ¡ Mirando al Cielo!
....
....
....

ERRATAS ADVERTIDAS

PÁG. 30.

Dice:

Parecen que traducen...

Debe decir:

Parece que traducen...

PÁG. 106.

Dice:

los de las aves con sus libres vuelos;

Debe decir:

los de las aves en sus libres vuelos;

PÁG. 131.

Dice:

En costa firme y clara...

Debe decir:

En costa firme y brava...

ÍNDICE

—

OBRAS

DE

CARLOS FERNÁNDEZ SHAW

TEATRO

LEYENDA LÍRICA EN TRES ACTOS

Margarita la Tornera.

DRAMA EN CUATRO ACTOS

Severo Torelli.

COMEDIA EN TRES ACTOS Y UN EPÍLOGO

La Regencia.

ZARZUELAS EN TRES ACTOS

La llama errante.
Los hijos del batallón.
Don Lucas del Cigarral.
La canción del náufrago.

DRAMA LÍRICO EN DOS ACTOS

Colomba.

COMEDIAS LÍRICAS EN UN ACTO

La venta de Don Quijote.
El Certamen de Cremona.

SAINETES

Las bravías.
La revoltosa.
Las castañeras picadas.
Los buenos mozos.
¡Viva Córdoba!
Los pícaros celos.
El maldito dinero.
No somos nadie.

MELODRAMA EN UN ACTO

La puñalada.

ZARZUELAS EN UN ACTO

El cortejo de la Irene.
La chavala.
El gatito negro.
Polvorilla.
La buena ventura.
Los timplaos.
El tirador de palomas.
El tío Juan.
Las grandes cortesanas.
Tolete.
El alma del pueblo.
Las tres cosas de Jerez.

COMEDIA EN UN ACTO Y EN VERSO

El hombre feliz.

POESÍA

Poesías, 1883.
El defensor de Gerona, leyenda, 1884.
Poemas de F. Coppée, traducidos en verso castellano, 1887.
Tardes de Abril y Mayo, 1887.

Poesía de la Sierra, 1908.
La vida loca, 1909.
El poema de «Caracol» (En «El Cuento Semanal»), 1909.

ESTUDIOS LITERARIOS

Relaciones entre la Ciencia y la Poesía. Memoria leída en el Ateneo de Madrid.

De François Coppée y de los poetas líricos franceses contemporáneos. Prólogo á la traducción de los poemas de Coppée.

PARA PUBLICAR

EL CANTO QUE PASA...

NUEVAS POESÍAS

EN PREPARACION

POESÍA DEL CIELO

ESTE LIBRO SE ACABÓ DE IMPRIMIR
EN LA TIPOGRAFÍA DE LA «REVISTA DE ARCHIVOS,
BIBLIOTECAS Y MUSEOS», EL DIA XXIV DE ENERO
DEL AÑO MCMX

BIBLIOTECA CLÁSICA

OBRAS PUBLICADAS

TOMOS.

Clásicos griegos.

HOMERO: *La Ilíada*	3
— *La Odisea*	2
HERODOTO: *Los nueve libros de la Historia*	2
PLUTARCO: *Las vidas paralelas*	5
ARISTÓFANES: *Teatro completo*	3
ESQUILO: *Teatro completo*	1
POETAS BUCÓLICOS GRIEGOS *(Demócrito, Bión y Mosco)*	1
XENOFONTE: *Historia de la entrada de Cyro en Asia.*	1
— *La Cyropedia*	1
— *Las Helénicas*	1
LUCIANO: *Obras completas*	4
PÍNDARO: *Odas*	1
ARRIANO: *Las Expediciones de Alejandro*	1
POETAS LÍRICOS GRIEGOS: *(Anacreonte, Safo, Tirteo,* etcétera.)	1
POLIBIO: *Historia romana*	3
PLATÓN: *La República*	2
— *Diálogos* (en publicación)	"
DIÓGENES LAERCIO: *Vidas de los filósofos más ilustres*	2
MORALISTAS GRIEGOS *(Marco Aurelio, Teofrasto, Epícteto, Cebes.)*	1
TUCÍDIDES: *Historia de la guerra del Peloponeso*	2
JOSEFO: *Guerras de los judíos*	2
ISÓCRATES: *Oraciones políticas y forenses*	2
EURÍPIDES: *Tragedias*	3

Clásicos latinos.

	TOMOS.
Virgilio: *La Eneida*	2
— *Las Églogas y Geórgicas*	1
Cicerón: *Obras didácticas*	2
— *Obras filosóficas*	4
— *Epístolas familiares*	2
— *Cartas políticas*	2
— *Vida y discursos*	7
Tácito: *Los Anales*	2
— *Las Historias*	1
Salustio: *Conjuración de Catilina.—Guerra de Jugurta*	1
César: *Los comentarios á la guerra de las Galias*	2
Suetonio: *Vidas de los doce Césares*	1
Séneca: *Tratados filosóficos*	2
— *Epístolas morales*	1
Ovidio: *Las Heroidas*	1
— *Las Metamórfosis*	2
Floro: *Compendio de la historia romana*	1
Quintiliano: *Instituciones oratorias*	2
Quinto Curcio: *Vida de Alejandro*	2
Estacio: *La Tebaida*	2
Lucano: *La Farsalia*	2
Tito Livio: *Décadas de la Historia romana*	7
Tertuliano: *Apología contra los gentiles*	1
Varios: *Escritores de la Historia Augusta*	3
Marcial y Fedro: *Epigramas y fábulas*	3
Terencio: *Las seis comedias*	1
Apuleyo: *El asno de oro*	1
Plinio el Joven y Cornelio Nepote: *Panegírico de Trajano y cartas. Vidas de varones ilustres*	2
Juvenal y Persio: *Sátiras*	1
Aulo Gelio: *Noches áticas*	2
San Agustín: *La Ciudad de Dios*	4
Ammiano: *Historia del imperio romano*	2
Lucrecio: *De la naturaleza de las cosas*	1

Clásicos españoles.

Cervantes: *Novelas ejemplares* y *Viaje del Parnaso.*	2
— *D. Quijote de la Mancha,* con el comentario de Clemencín	8

TOMOS.

— *Teatro completo*..........................	3
CALDERÓN: *Teatro selecto*......................	4
HURTADO DE MENDOZA: *Obras en prosa*............	1
QUEVEDO: *Obras satíricas y festivas*...............	1
— *Obras políticas é históricas*.................	2
— *Política de Dios*..........................	1
QUINTANA: *Vidas de españoles célebres*...........	2
DUQUE DE RIVAS: *Sublevación de Nápoles*.........	1
ALCALÁ GALIANO: *Recuerdos de un anciano*........	1
MELO: *Guerra de Cataluña*......................	1
VARIOS: *Antología de poetas líricos castellanos,* ordenada por Menéndez y Pelayo con estudios críticos del mismo..............................	13
COLÓN: *Relaciones y cartas*......................	1
FERNANDO DE ROJAS: *La Celestina*...............	1

Clásicos ingleses.

MACAULAY: *Estudios literarios*....................	1
— *Estudios históricos*..........................	1
— *Estudios políticos*...........................	1
— *Estudios biográficos*.........................	1
— *Estudios críticos*...........................	1
— *Estudios de política y literatura*...............	1
— *Discursos parlamentarios*....................	1
— *Vidas de Políticos ingleses*...................	1
— *Historia de la Revolución de Inglaterra*.......	4
— *Historia del Reinado de Guillermo III*........	6
MILTON: *El Paraíso perdido*.....................	2
SHAKESPEARE: *Teatro selecto*....................	8

Clásicos italianos.

MANZONI: *Los Novios*..........................	1
— *La Moral católica*..........................	1
— *Tragedias, poesías y obras varias*.............	2
GUICCIARDINI: *Historia de Italia*.................	6
MAQUIAVELO: *Obras históricas*...................	2
— *Obras políticas*............................	2
BENVENUTO CELLINI: *Su vida, escrita por él mismo.*	2
TASSO: *La Jerusalem libertada*..................	2

	TOMOS.

Clásicos alemanes.

SCHILLER: *Teatro completo*	3
— *Poesías líricas*	2
HEINE: *Poemas y fantasías*	1
— *Cuadros de viaje*	2
GOETHE: *Viaje á Italia*	2
— *Teatro selecto*	2
HUMBOLDT: *Colón y el descubrimiento de América.*	2

Clásicos franceses.

LAMARTINE: *Civilizadores y conquistadores*	2
BOSSUET: *Oraciones fúnebres*	1

Clásicos portugueses.

CAMOENS: *Los Lusíadas*	1
— *Poesías selectas*	1

Sánscrito.

Panchatantra, traducido por Alemany	1





